

**La reconquista de América y el dominio español del mundo.  
Don Quijote y Tío Sam de Nicasio Pajares (1930)**

Francisco Layna Ranz

(New York University en Madrid y Middlebury College en Madrid)

Hay escritores que aguardan el espaldarazo que les aúpe a un reconocimiento que la historia les ha negado. Hay otros que ya han disfrutado de este encumbramiento y, no obstante, siguen sin descollar de modo definitivo. Este es el caso de Nicasio Pajares. Desde que en el año 1999 Camilo José Cela escribiera en *ABC* una defensa de quien más que desconocido consideraba olvidado, ignorado por completo en la Universidad de Santiago, no citado en los diccionarios de literatura y por quien pedía la ayuda a todo lector que tuviera noticias suyas, desde ese artículo de Cela la vida y la obra de Nicasio Pajares ha conocido un auge que si no le da cabida en el panteón de los ilustres, sí le asienta en un furgón de cola en el que viajan nombres como Silverio Lanza, Ciro Alegría, Ciro Bayo, Eugenio Noel (Umbral). Sin embargo en la época se codeaba con lo más granado de la inteligencia española. En el *Heraldo de Madrid* se realizó una encuesta para averiguar los seis o siete mejores novelistas contemporáneos.<sup>1</sup> Y en ese elenco figura nuestro Pajares en compañía de Baroja, Unamuno, Palacio Valdés, Valle Inclán, Ricardo León, Blasco Ibáñez, Fernández Flores, Azorín, Concha Espina, Pérez de Ayala, Ciges Aparicio, Álvaro Retana, Salvador de Madariaga, Francisco de Ayala, Alberro Insúa, Eduardo Zamacois... Sus novelas siempre recibían cumplida crítica en la prensa, no era rara la publicidad o aviso de la aparición de alguna de sus obras,<sup>2</sup> o fotos suyas o caricaturas. Escribía en prestigiosos periódicos de Madrid y Buenos Aires y, en fin, fue respetado, a veces incluso ensalzado, como sucedió en la revista *Alfar*, donde a propósito de *El conquistador de los trópicos* le dedicaron hasta siete páginas de encomios y encarecimientos. También pujó con Valle-Inclán por ocupar el puesto de creador del subgénero de las llamadas “novelas de dictadores”, pues su *Conquistador* (1923) es tres años anterior al *Tirano Banderas* (1926). Sin duda hubo sus más y sus menos entre estos dos extravagantes y excesivos gallegos. La prueba nos la da Carlos Sampelayo, quien firmaba un artículo en 1927 en el que se contaba que Pajares había sido internado en el manicomio de Ciempozuelos por subírsele a las barbas, metafórica y literalmente, a don Ramón: “En efecto, Nicasio Pajares, el desgarrado humorista autor de *El conquistador de los trópicos* fue recluido en Ciempozuelos después de unos accesos de enervada neurastenia en uno de los cuales concibió el insano propósito de afeitarse a D. Ramón del Valle Inclán” (Sampelayo 9).

Aquel artículo de Cela de 1999 fue el último empeño de un proyecto nunca culminado: un número monográfico de su revista *Papeles de Son Armadans*. Pero al año siguiente la Fundación Banco Santander reeditaba sus dos mejores novelas, *El conquistador de los trópicos* y *Cómo pervirtieron a Palleiros*. Quedó Juan Manuel de Prada encargado de la introducción, que realizó con rigor y buena prosa. La demanda de Cela y esta edición del 2000 fueron los puntales de un reconocimiento labrado muchísimos años antes. Se sucedieron las reseñas en *ABC*, *El País*, *El Mundo*.<sup>3</sup> Incluso el 24 de octubre de 2001 Manuel Fraga y José María Aznar inauguraban el aula de Nicasio Pajares en la Fundación Camilo José Cela (*ABC* 25 oct. 2001).

Su obra no es extensa: cinco novelas, dos obras de teatro, y algunos artículos y cuentos desperdigados en la prensa que giran obsesivamente alrededor de un exclusivo eje: la

<sup>1</sup> *Heraldo de Madrid* 12469 (18 de enero 1926): 4

<sup>2</sup> Por ejemplo el anuncio de publicidad de *Cómo pervirtieron a Palleiros* en el periódico *El Sol* (Madrid 10 junio 1931): 2

<sup>3</sup> Luis García Jambrina (*ABC*, 12 agosto de 2000); Silvia R. Pontevedra (*El País* 14 de enero de 2010); Francisco Umbral (*El Mundo* 13 de julio de 2000).

emigración española, gallega más en concreto, en América Latina.<sup>4</sup> Pero emigración entendida como dolor y trauma que solo conoce el alivio en la respuesta airada y en la venganza que más y mejor zahiere. Es la suya una literatura de palabras muy elegidas, rimbombante, castiza y propensa al tremendismo, como dicha y escrita por alguien de vozarrón y tente tieso. De urdimbre claramente autobiográfica, se puede rastrear en ella una vida respirada con urgencia, copiosa en sucesos y personajes sorprendentes, en la que el límite se traspasa tanto para huir como para retar. Literatura que se apoya sobre cinco pilares básicos: emigración, América, resentimiento, humor y fantasía. Sus héroes parecen odiar la rutina, los límites y el compromiso. Orgullosos de las heridas y los flirteos arriesgados, todos son pendencieros, patriotas, destemplados, fanfarrones, de nobleza y soberbia librescas. Fernández Sinsegundo (*El pensador en la selva*), Yáñez Quintanilla (*El conquistador de los trópicos*), Palleiros (*Cómo pervirtieron a Palleiros*), Alonso Quijano (*Don Quijote y tío Sam*)... Y todas sus novelas tienen por diana el estuario del río de la Plata, la ciudad de Buenos Aires, Argentina y sus moradores, piedra angular de un odio vuelto libro, artículo, obra teatral.

### Primera Parte de *Don Quijote y Tío Sam*

#### Convocatoria de todas las Españas en defensa de la lengua española. La emigración y sus heridas

*Don Quijote y tío Sam* ha sido definida como trama desquiciada, disparate visionario, mezcla de futurología de sainete y comicidad campanuda.<sup>5</sup> En las tres partes que la componen Alonso Quijano es el símbolo y trasunto de España. Es muy razonable que don Quijote sea la encarnación simbólica de España desde que el mismo Sansón Carrasco así lo declarase: “¡Oh honor y espejo de la nación española!” (II, 7). También lo es que sea Alonso Quijano y no don Quijote el trasunto del país, pues este último se convirtió en el trasunto de la decadencia nacional, mientras que aquel representaba la futura y esperanzadora regeneración nacional. Si Unamuno reclamaba en 1895 la necesidad de la muerte de don Quijote, veía por otro lado en Alonso Quijano la esperanza del regeneracionismo español (Unamuno 1991, 47; véase Varela Olea 2013, 263). No menos cierto es que diez años después invitaba a “la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de don Quijote” (Unamuno, 1941, 15). En su Levante, en el oriente catalán de esa España personificada en el hidalgo manchego, habita Xaume de Tarrada; don Farruco del Agro, en el poniente; al Norte, don Iñasi de Guernica, y don Maolillo de Triana toma el sol en la planta baja. Cataluña, Galicia, País Vasco y Andalucía. También habitan don Cirilo del Ebro, don Hernando de Medellín, don Vincent de la Huerta y don Pelayo de las Cuevas, respectivamente Aragón, Extremadura, Valencia y Asturias. La casa, descuidada por sus inquilinos, corre riesgo de hundirse. Disputas y grescas mezquinas solo han traído aislamiento. Alonso Quijano toca en todas las puertas para convocar una asamblea. Les exhorta a reanudar perdidas amistades en aras de la salvación del común solar. A don Farruco (Galicia) le solicita que abandone sus suspicacias; a Xaume (Cataluña) que abandone su egoísmo; a Maolillo le insta a que trabaje más... En una gran tremolina todos se pelean y don Xaume entona a grito pelado *Els segadors*. Mediante un reparto cuidadoso de alabanzas, consigue Quijano la calma. Comenta que cada uno históricamente ha impuesto su voluntad en

<sup>4</sup> *Teatro de la emigración* (1922); *El conquistador de los tópicos* (1923); *El pensador en la selva* (*La indiada, la negrada y la gringada de las repúblicas del Plata*). *Ideas, impertinencias, extravagancias y fantasías del pensador celtíbero don Fernández Sinsegundo, fallecido en América* (1925); *Atorrántida* (1929); *Don Quijote y Tío Sam* (1930); *Cómo pervirtieron a Palleiros* (1931).

<sup>5</sup> Juan Manuel de Prada 38-39. Después del éxito de *El conquistador de los trópicos*, *Don Quijote y Tío Sam* recibió bastante menos presencia en la prensa de la época. Algunos ejemplos en *El Sol* (Madrid 24 agosto de 1930): 3 y *La Esfera* (10 de enero 1931): 6.

los mares, y que aunque ya no hay conquistas de espada y cruz, considera urgente una nueva reconquista. Mitiga la inicial oposición de don Xaume con la garantía de que la reconquista es compatible con su caja de muestras, con su mercancía.

Esta asamblea nacional ha sido convocada para salvaguardar un tesoro que se considera español de principio a fin, por unánime aquiescencia. El idioma español será esta vez el arma prócer e invencible. La amenaza parte del latinohablante, y en concreto del argentino:

Nuestra lengua nacional, bella y rotunda, al Sur de este mundo, al pie de una gran charca que sus gentes llaman Estuario por antonomasia, se ha corrompido, degenerado en una jerga zafia y bárbara. Ese Estuario es una Sodoma de nuestro idioma viril. Aquellos sodomitas se complacen en su corrupción y la aceleran cuanto pueden. Y esto mella el prestigio de nuestro viejo solar... ¡Es necesario, señores, pulir el arma y afilarla! ¡Es urgente, don Xaume! ¡Es imprescindible, don Farruco!... Por el Estuario debemos empezar. (31-32)

Este es el punto de partida: ya no caben debates y polémicas porque la lengua española está en peligro y España debe acudir en su auxilio. El nacionalismo lleva años siendo la piedra angular de cualquier concepto político de nación, aquí y allá, con la lengua como pilar fundamental. Son célebres los tres criterios de Eric J. Hobsbawm para que un pueblo asuma el rango de nación. El primero, la asociación histórica con un Estado. El segundo, la existencia de una antigua elite cultural poseedora de una lengua vernácula literaria y administrativa. Y el tercero causa a Hobsbawm cierto pudor su mero enunciado (“es lamentable tener que decirlo”) pues este último criterio es una probada capacidad de conquista: “No hay como ser un pueblo imperial para hacer que una población sea consciente de su existencia colectiva como tal [...] Además, para el siglo XIX la conquista proporcionaba la prueba darwiniana del éxito evolucionista como especie social”.<sup>6</sup> Vemos, por tanto, que lo planteado por Pajares es un lugar común y elemental del nacionalismo finisecular y de la primera mitad del siglo XX. Si algo mella el prestigio del viejo solar, hay que pulir el arma, y afilarla, no sea que resuenen nuevos aires de independencia.

El emplazamiento de Alonso Quijano no consigue el acuerdo plenario que se buscaba, dado que todos los habitantes del viejo solar prefieren hablar sus idiomas respectivos. “¡Yo hablaré sempre catalá! Eu falarei gallego hasta que morra, don Alonso... ¡Er castellano, zeñore! ¡Er castellano! ¡Viva o bable!” (32). Y Alonso responde con calculada contundencia: “¡Si ya ni nos es posible vivir juntos, separémonos sin rencor en los corazones” (32). En este momento de desconcierto aparece Iñasi, tardón como siempre, con su boina y su paraguas bajo el brazo. Igual que el vizcaíno del *Quijote* de Cervantes, el de Guernica habla un castellano muy deficiente (¡no sólo en Argentina cuecen habas!). Acepta don Alonso que el habla regional sea la flor, “¡pero que el idioma, el nuestro, el de todos, sea el arma!” La unidad de las Españas en defensa del castellano: a partir de esta singular alianza se despliega toda una avenida de significaciones. La primera hace referencia a una vieja vergüenza entre aquellos gallegos que identificaban su idioma natal con una ruralidad sinónimo de atraso, mucho más entre gentes de América que usaban la palabra “gallego” como insulto o denigración. Un emigrante en Cuba y en Argentina escribía una carta aludiendo a esta afrentosa circunstancia:

En estas tierras de América, querida tía, solo triunfan los preparados. Los demás, subsistimos con dificultad y para eso hay que hablar un buen castellano con modismos

<sup>6</sup> Eric J. Hobsbawm 37-38. Aquí se usa la traducción de Jordi Beltrán 46-47. Véase también Sepúlveda, 212-223.

del país. Hablar en gallego o un deje muy marcado es un obstáculo para nuestros medios de vida, y además serviría para las chungas y chacotas de los pelaos. (Núñez Seixas 2001, 689)

Manuel Gil de Oto, seudónimo de Miguel Toledano de Escalante, comentaba a principios de siglo que los gallegos eran en Argentina sinónimo de “cosa maloliente” y despreciable: “Y para que no quede sombra de lo que quieren decirnos cuando nos llaman gayegos (que ni aun gallegos nos dicen), suelen recargar el alias con algún otro calificativo que acabe de expresar todo el odio y el desprecio que nos tienen. Unas veces se nos llama gayegos pata sucias, y otras gayegos de m...” (Sorrentino 110). En líneas generales, la llegada de españoles a Argentina no era celebrada precisamente con festivas alharacas. En diciembre de 1927, año en que Pajares tendría en proyección algunos de los temas de su *Don Quijote y tío Sam*, Luis de Olariaga escribía en el diario *El Sol* que cualquier español allí llegado no es más que un extranjero, y “que solo en aspectos o casos muy determinados puede contar con trato de favor” (*El Sol*, sábado 31 de dic. de 1927, 1). Unos meses antes Borges había afirmado con rotundidad en *Martín Fierro*: “Hay que enfrentar los hechos. Ni en Montevideo ni en Buenos Aires -que yo sepa- hay simpatía hispánica. La hay, en cambio, italianizante: no hay banquetón sin su fuentada itala de ravioles; no hay compadrito, por más López que sea, que no italianice más que Boscán”.<sup>7</sup>

En Pajares hubo de calar hasta el rincón último de su alma este desprecio que recibían en el sur más extremo del continente<sup>8</sup> el español y, más en concreto, el gallego. Es el pábulo de la rabia concentrada entre las páginas de una obra literaria entendida casi exclusivamente como respuesta a su lacerante experiencia argentina. Hay al respecto un momento en *El conquistador de los trópicos* que clarifica meridianamente lo dicho. Un porteño pregunta a Ulises Yáñez Quintanilla, héroe de la novela, si es extranjero:

-Diga, che, ¿usted es extranjero, no?

-Soy ciudadano del mundo, señor mío. Pero en este caso, y siempre desde luego, soy también español.

-¡Ah, ya se le conoce un poco!

-¿Y de qué provincia de la península ibérica? –inquirió, muy grave, un jovenzuelo pavo en cuya nariz cabalgaban unos grandes quevedos.

-Lindando con Lusitania, joven –respondió Yáñez.

-¡Ah, ya me doy cuenta! –exclamó, descomponiendo su gravedad con una pirueta absurda-: ¡De Galicia!

[...]

-¿De veras, coronel, que es usted gayego de nacimiento?

-Sí, señor, tengo esa honra.

-¿De la tierra de los inmigrantes?... ¡Pues no lo diga, coronel, haga el osequio! Eso le perjudica. ¡Créame!

<sup>7</sup> Borges 1927. En Borges. *Textos recobrados (1919-1929)*. 304.

<sup>8</sup> Que Pajares estaba preocupado por el analfabetismo en Galicia lo demuestra una nota que escribe, desde Buenos Aires, ya en 1909. Allí dice que es clara señal de patriotismo que los españoles residentes en la República de Argentina hayan sufragado el costo de un cruceo de guerra para la armada española. Pero la iniciativa digna de todos los plácemes es la creación, desde Argentina, de escuelas independientes en varias regiones de España, sobre todo en Galicia. Y declara Pajares “Guerra al analfabetismo [...] que no haya en Galicia un solo analfabeto. Ese ha de ser el norte común de todas las aspiraciones” (Pajares. “El magno problema” *Fomento de la Instrucción Gallega. Órgano de la Sociedad “Pro Escuela en Bandeira”* 14 (15 dic. 1909): 2-3. En *Luces de Alén Mar...* 68-69.

-No creo yo, señor mío –respondió Yáñez con aplomo –, que el haber nacido en esa bella región del noroeste español constituya algo así como una enfermedad venérea. ¿Por qué ocultarlo entonces?

-¡No me parece, che! ¡No estoy conforme! ... Permítame: a usted apenas se le conoce. Habla casi nasional... Y perdone, che, no es por ofenderle; pero son gente sucia los gayegos. ¡Hablan gayego, que es el colmo! Y dígame: entre todos los gayegos españoles, ¿los de Galicia abundan más, no? (207)

España se angustió ante el hecho de que en su antiguo suelo americano se veía como gesto patriótico limpiar restos y excedentes de españolismo en la definición de su identidad. Son años en que las jóvenes repúblicas americanas debaten una segunda independencia de la metrópoli, esta vez de índole intelectual. Para algunos, sobre todo desde la península, este giro hacia una desespañolización pasaba por denigrar la historia y por rechazar cualquier iniciativa que procediera de España (Altamira 1917, 9-10). Y el gallego, su lengua, su cultura, pasó a simbolizar atraso, ignorancia y pobreza. El que fuera director del periódico *Correo de Galicia* de Buenos Aires, José R. Lence, relataba en sus memorias la sorpresa de los periodistas porteños, a principios del siglo XX, ante la insistencia de los emigrantes en presentarse siempre como gallegos (Núñez Seixas y Ruy Farías 60).

El odio aún permite en Pajares otra vuelta más de tuerca en la percepción de aquellos emigrantes italianos enseñoreados en su nueva nacionalidad, y en los que reconoce siempre al operístico corifeo de un Cristóbal Colón no español y al tañedor de mandolina que, después de una serenata al *chiaro di luna*, apuñala a su madre por negarle el dinero para unas copas y jugar a la morra (CT 213-214). Téngase en cuenta que se habla de un “diluvio italiano” que, a partir de 1930, desplaza a la población española (Frank 1937, 101). La mala sangre que esto produce es cauce del relato de Pajares:

-¡Desime, che, gayegue!... ¿A qué venise vos aquí, si éste no es tu país? Nosotros, l'argentine e i'italiani, estamos en nuestro país, que descubrió Cristóforo Colombo, ¿sabés? ¡Mandáte mudar a l'España porca, gayegue!

[...] Ese recuerdo engendró, andando el tiempo, en el ánimo del emigrado una repugnancia invencible hacia todos los italianos de América. (CT 213)

La ojeriza al italiano la encontramos también en su novela, *El pensador en la selva*. Las disputas se acaloraban en cuanto surgía la patria de Cristóbal Colón o la festividad del 12 de octubre.<sup>9</sup> Aquí tenemos, en este día de la Hispanidad, un concepto más que un término, al que se acogieron mentalidades tan distintas como las de Ramiro de Maeztu o García Morente por un lado (Villacañas), y Sánchez Barbudo o Pajares por otro. Frederick B. Pike, en su ya clásico estudio, los diferenciaba claramente: “Hispanismo, distinguished from Hispanidad, which was ideologically more intransigent and theologically more dogmatic, more militantly Catholic”.<sup>10</sup> Al margen de Hispanidades, los italo-argentinos le recuerdan a Pajares a los “Tenorino de opereta”, pero sus hijos, con quienes habrían de competir los hijos de los emigrantes gallegos, los ve encarnados en el personaje del doctor Farabutti: “Joven trepador, doctorado en La Plata, *cantinflero* vitalicio, pendenciero, zafio y atildado, xenófobo furibundo de la pintoresca falange discursante y ‘manifestante’ titulada “Progeniede l'Italia”.<sup>11</sup> Blasco Ibáñez, en una carta escrita en *El Pueblo* para reclutar colonos, se hacía eco

<sup>9</sup> *El pensador en la selva*. Madrid: Editorial Páez, 1925. 141-142.

<sup>10</sup> Frederick B. Pike 299. Fundamentales las páginas que dedica Sepúlveda a la diferencia entre “hispanoamericanismo” e “hispanidad” (155-175).

<sup>11</sup> Pajares. *El pensador en la selva*. 137-141. Farabutti es también personaje de su comedia en un acto *El triunfador Castiñeiras*, en *Teatro de la emigración*. Véase Xosé M. Núñez Seixas y Ruy Farías 61

de esta competencia de otros inmigrantes respecto a los españoles: “Procurar con una empresa seria de colonización que el elemento español se haga dueño de la tierra y no vaya cayendo en manos de italianos y alemanes como ocurre hasta ahora: gentes que borran la influencia de nuestro idioma, y de nuestra raza en este país de origen español” (Sánchez Samblás 81). Nicasio Pajares tomará buena nota de estas palabras.

En la que pasa por ser su obra más autobiográfica, menos volcada en el humor corrosivo, más contenida y de mayor desarrollo argumental, *Cómo pervirtieron a Palleiros*, encontramos una anécdota algo más atemperada, inserta esta vez en el desarrollo del relato, no como la habitual digresión para canalizar el insulto. Un joven emigrante a Uruguay pierde al cabo todas las ilusiones con las que partió de su lugar de origen. El último suceso que le llevó a abandonar la tierra de mala acogida fue otra vez su condición de gallego. La anécdota es muy simple. El joven Palleiros (o Pajares) pretende sentar la cabeza de una vez por todas mediante la unión matrimonial con una de las hijas de un prócer local, pero recibe una muy lacerante negativa:

Le revelé entonces mi gran secreto.

-¡Ah! Eso, no, Panchito. Me dará vergüenza casarme contigo.

-¿Por qué? –le pregunté lleno de asombro

-Porque sos gayego

[...] Como al día siguiente el dolor de esta herida se me hizo insoportable, porque me pareció que todo en aquella ciudad me era ya hostil y que me hería también en carne viva, resolví abandonarla. (CPP 395-396)

Esta joven bonaerense haría buena amistad con María Justina Rubio de Jáuregui, la protagonista de “La señora mayor”, uno de los cuentos que componen *El informe de Brodie* de Borges. Hija de un coronel que había participado en el famoso combate de Cerro Alto durante la guerra de la Independencia, es mujer de firmes convicciones, sobre todo si de legados peninsulares se trata. La mordaz ironía de Borges viene aquí a cuento de lo dicho: “En 1910, [María Justina Rubia] no quería creer que la Infanta, que al fin y al cabo era una princesa, hablara, contra toda previsión, como una gallega cualquiera y no como una señora argentina” (“La señora mayor”, en *El informe de Brodie*, 77).

### La reacción en la independiente ladera americana

Por otro lado, es recurso habitual en Pajares la burla del español americano, los nombres propios, el seseo, las desinencias verbales, los giros, diminutivos y localismos... Aquel Pajares de “habla casi nacional”, al que apenas se le conocía su origen por el acento, convirtió el idioma español en el más elevado gallardete de su españolidad, como hará Alonso Quijano en su primer encuentro con Tío Sam en las selvas americanas, y como hará una buena pléyade de lingüistas españoles. Todos se darían de bruces con una sensibilidad semejante, pero desde la otra ladera americana, que reclama para sus fines “identitarios” la especificidad de una lengua desposeída de su pleitesía a patrias mayores.<sup>12</sup> Desde muy distintos frentes, desde Sarmiento a Vasconcelos, desde Rufino José Cuervo a Ricardo Rojas. Alistado a una posición de criollismo hispanizante, Vasconcelos hablaba de patriotismo lingüístico, o lo que es lo mismo, la lengua entendida como la más adecuada fórmula espiritual del nacionalismo iberoamericano (Vasconcelos 22). Para entonces es ya una vieja idea que viene desde Johann Gottfried von Herder y Wilhelm von Humboldt, y que establece una íntima concomitancia

<sup>12</sup> Decía Unamuno: “Y en lo que toca a la lengua misma, no admiten, y en ello hacen muy bien, monopolios de castidad”. Miguel de Unamuno. *Americanidad* 19-20.

entre lengua y carácter nacional. Todo vocabulario contiene el espíritu colectivo del pueblo, del *Volksgeist*, venían a sostener. Unamuno será uno de los mayores defensores de este vínculo entre personalidad histórica y lengua. El argentino Ricardo Rojas, por su parte, hacía suya la idea de la lengua como crisol multinacional:

Lo que hace de mí un argentino –mi vida, mi sensibilidad, mis ideales– es lo que me diferencia de un español de España o de un americano de otras regiones de América, aunque, como ellos, hablo y escribo en español. El pueblo argentino –individualizado ya por su tierra, su tradición y su cultura– no necesita crearse una lengua nueva para manifestar su genio social, y al hacerlo en castellano pone en su literatura un contenido nuevo, distinto del de España y diverso del de otras naciones. (Rojas 1924, 77)

Estamos en Buenos Aires, 1924 (Rojas), y en México, 1926 (Vasconcelos). Cien años antes, en 1837 la Asociación de Estudios Históricos y Sociales había nacido con el fin de trazar el ideario de la incipiente nación argentina. Hay acuerdo en considerar que la primera generación independentista no consiguió emanciparse cultural y lingüísticamente de España (Rosenblat). Sí lo conseguirá la llamada generación del 37, convencida de que el cisma lingüístico era el paso definitivo de una ruptura necesaria para la identidad nacional (Lía Varela; María López García 377-378). El conservador Rojas, defensor de un criollismo necesitado de la herencia española, lo que se ha llamado el primer nacionalismo étnico-conservador de Argentina, es al mismo tiempo partícipe indudable de esta generación del 37. Imbuido del biologismo, psicología y devenir de los pueblos, creía igualmente que la raza y el idioma eran los cimientos sobre los que reposan la arquitectura y el signo caracterizante de las nacionalidades.<sup>13</sup> Y ante el aluvión de nacionalidades que trajo la emigración arribada en los primeros años del siglo XX, Rojas, comprometido a buscar una unidad de conciencia nacional, decidió que en la lengua de España y en el periodo colonial Argentina debía localizar su referente cultural (Guance 39). Curiosamente, España encontró en este criollismo un aliado en la defensa de su herencia imperial.

El asunto venía de lejos, quizá desde que Sarmiento predicase un soltar lastre renunciando a una lengua en exceso maniatada por las normas de la antigua metrópoli, sinónimo para él de férula y atadura. Pero sin duda se debe a Andrés Bello la primera piedra de una corriente que ha sido denominada como “tradición alarmista”, con toda probabilidad por el título de la respuesta de Borges a Américo Castro (José del Valle 1999). En el prólogo a su *Gramática* (1847), que años después Castro reducirá al despectivo “gramatiquerías” (Castro 1941, 43), Bello afirmaba que la abundancia de neologismos y de dialectos “irregulares y bárbaros” eran

embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín [...]. Si de raíces castellana hemos formado vocablos nuevos, según los procederes ordinarios de derivación que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal, ¿qué motivos hay para que nos avergoncemos de usarlos? Chile, Venezuela tiene tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada. En ellas se peca mucho menos contra la pureza y la

<sup>13</sup> Rojas 74. Véase Ariel Guance “La historiografía española y el medievalismo americano: Sánchez Albornoz, Américo Castro y la construcción de la identidad nacional a través de la Edad Media”, en Ariel Guance 2011, 38

corrección del lenguaje que en las locuciones afrancesadas, de que no dejan de estar salpicadas hoy día las obras más estimadas de los escritores peninsulares.<sup>14</sup>

Luego vino, para consolidar la polémica, la famosa “Carta-prólogo” que Rufino José Cuervo escribió para el poema *Nastasio* de su amigo argentino Francisco Soto y Calvo (1899). En esa *Carta* intuía el lingüista colombiano, aunque fuera a largo plazo, la desintegración del idioma español en América Latina en varios idiomas nacionales:

Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando a lo familiar o local, necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano. (274)

Estas palabras fueron las que provocaron la larga y apasionada polémica con el escritor español Juan Varela (del Valle 2002, 93-107). Tres artículos enviados a periódicos de Madrid, Buenos Aires y México dieron con la respuesta de Cuervo que Morel-Fatio le publicó en el tercer número del *Bulletin Hispanique* en marzo de 1901. Con el título “El castellano en América (Fin de una polémica)” quiso dar por zanjado un combate que Juan Varela tenía perdido en toda la extensión geográfica y cultural de la América hispanohablante. Aún hoy se le define como “gachupín alzado que se creía dueño de este idioma que gobernaba con el meñique, desde Madrid, la metrópoli” (Fernando Vallejo). Poco después, en 1918, Menéndez Pidal publicaba un breve artículo llamado “La lengua española” en el que venía a defender que todas las variantes peninsulares e hispanoamericanas debían sujetarse a la unidad esencial dentro del patrón literario. Ese fue el primer y breve peldaño de un discurso que habrá de pronunciar en la Asamblea del libro Español en 1944 titulado “La unidad del idioma”. En aquella prédica Menéndez Pidal daba por absolutamente improbable la fragmentación y atomización de la lengua española. Antes Amado Alonso, en 1935, había publicado “El problema de la lengua en América” y Américo Castro en 1941 había entregado a la imprenta su explosivo libro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, libros que simbolizan lo que José del Valle y Luis Gabriel-Stheemen han llamado la “batalla del idioma”. No estará de más recordar que veintitantos años antes el socialista Luis Araquistáin proponía la denominación “la lucha por el idioma” al tiempo que matizaba con cierto deje de desautorización la posibilidad de una secuencia lingüística similar a la del latín y la lenguas romances:

Recuérdese lo ocurrido al descomponerse el latín, que era lengua apta para expresar las mayores sutilezas mentales: pasaron varios siglos antes de que el francés, el español y el italiano sirvieran para la creación de grandes obras espirituales. Algo de esto, de este caos filológico, se observa en algunas repúblicas americanas, las más favorecidas por la emigración europea no española. La mezcla de varios idiomas está engendrando un extraño producto disonante e inexpresivo [...]. Por todas estas razones es tan profunda y necesaria la tarea de conservar el idioma de Cervantes frente a los asaltos de otras lenguas. Y no solo para conservarlo, sino infundirle fuerza expansiva y utilizarle como instrumento federativo entre todos los pueblos que lo hablan (8)

Argentina, claro, está una vez más en la recámara de esta polémica. En un libro dedicado a Borges, al que consideraba compañero de preocupaciones, Amado Alonso aborda las protestas argentinas contra lo académico-español. No cree que la causa sea la animosidad

<sup>14</sup> “Prólogo” a la *Gramática* 1982. 33-34.

contra España, sino la ausencia de punto de referencia social en los preceptores encargados de vigilar la pureza del idioma (41). La variedad no es escisión, afirma. Ninguna lengua se lesiona porque en una comarca, en un escuela literaria o en una época cualquiera aparezcan elementos divergentes o ciertas preferencias en el uso del sistema común (58). Lo que no admite duda para Amado Alonso es que

Buenos Aires habla bastante mal la lengua del país. A la vista salta el mayor señorío y decoro del hablar provinciano argentino. Hasta las hablas rurales superan al porteño en calidad y en fijeza. No hay siquiera necesidad de preguntarse si la gente habla mejor castellano que los limeños o los mejicanos o los madrileños; Buenos Aires ha estropeado y desnacionalizado la lengua culta de su propio país. (Alonso 90)

Alonso hablaba de desnacionalización puesto que el modo de hablar de los argentinos no lo podía tomar como un conato de independentismo idiomático “porque de lo que se ha hecho independiente no es del castellano de España, sino del buen castellano de aquí. No es una nacionalización, sino una desnacionalización de la lengua” (91). También Alonso va a “acusar” a Cuervo, casi como defecto, de ser hijo de su tiempo, y de su excesiva filiación al evolucionismo darwiniano y del positivismo, corrientes científicas y de pensamiento que hicieron de la todopoderosa ciencia natural la regla para cualquier ciencia del espíritu (*El problema de la lengua* 104). Pero el lenguaje, según Alonso, no pertenece a la Historia Natural, sino a la Historia Humana, en clara oposición al botánico y lingüista Schleicher (1821-1867), quien encarnó de manera paradigmática la impronta de las ciencias naturales en la lingüística, y quien llevó la tesis de la lengua como organismo a su formulación más radical: dado que para él la lengua es una obra de la naturaleza, un organismo natural en definitiva, y, como buen darwiniano, justifica plenamente la postergación y extinción de lenguas minoritarias o en peligro. Si para Rufino José Cuervo el fraccionamiento de la lengua será “según el orden *natural* de las cosas”, para un Alonso en la antípoda de concepciones biologists de las lenguas,

cualquiera que sea su rumbo será el que nosotros le demos. Nada de trayectorias astronómicas prefijadas. Nada de igualar una lengua a un organismo, con su germinación, verdor, sazón, descomposición y reproducción, o con su concepción, nacimiento, infancia, adolescencia, madurez, caducidad, muerte y proliferación [...] Se piensa que el español, el portugués, el francés, el italiano, el rumano, son el resultado *natural* de la descomposición de latín en los suelos respectivos. Pero lo cierto es que un proceso de desintegración nunca puede llegar a resultados semejantes. La desintegración del latín no pudo llevar más que al estado de *patois* y a la multiplicación caótica de los *patois*, de los bables. De un proceso de desintegración nunca puede nacer una lengua de cultura. Al revés. Las lenguas de civilización que llamamos francés, español, italiano, provenzal, catalán, rumano y portugués han nacido y crecido gracias a un movimiento inverso de recomposición [...]. Tuvo que venir un movimiento nivelador y unificador de aquellas diferencias rurales, un sentido de urbanidad, de civilidad, una superación del espíritu de campanario que se satisfacía con los modos estrictamente localistas de decir. (108- 110)

En España el tema era de una absoluta vigencia, y por lo común se recogía en la prensa con la vitola de ataque a la depauperada auto-estima nacional. En el mismo año de la publicación de *Don Quijote y Tío Sam*, José María Salaverría, escritor español del regeneracionismo luego evolucionado hacia posiciones más conservadoras y reaccionarias, escribe en la *Revista de las Españas* un artículo llamado “El castellano en América”. En él se

hace ver que por temporadas, y obedeciendo a necesidades de polémica obligatoria, suele suscitarse en Buenos Aires la cuestión del habla argentina. Habitual corresponsal de *ABC* en Buenos Aires, Salaverría confirma que aquellos que nacieron en el país y han recibido una seria educación escolar y universitaria, hablan un castellano correcto. Lo mismo cabría decir de los diarios y de los buenos escritores como los Larreta, los Lugones, los Ricardo Rojas, los Capdevila... Él es testigo directo de lo que afirma. A su parecer, cualquier español ilustrado que llega a la Argentina comprueba la anquilosis de la lengua cuando oye decir a las personas educadas “fierro”, “foja”, arcaísmos que se remontan al XVI español.<sup>15</sup> Presenta este modo de pronunciación como testimonio de que “el lenguaje en la Argentina tiende al estancamiento, poseído de una especie de pereza”. El voseo, considera, fue superado en España por las nuevas necesidades de la vida culta, por la natural evolución del idioma hacia maneras más precisas y ordenadas. Y quiere Salaverría encontrar detrás de todo un popularismo corruptor de las formas esmeradas del lenguaje (Salaverría 1930, 503-505).

### **La polémica Castro / Borges. La lengua en el disparadero nacionalista**

El siguiente en esta cadena de colisiones es el polémico libro *La peculiaridad lingüística rioplatense* (1941) de Américo Castro. A esa altura del siglo, los años cuarenta, el arcaísmo, como bien se ve, era ya habitual en los reproches académicos:

Buenos Aires participa del rasgo común a toda Hispanoamérica en materia de arcaísmo lingüístico, fruto del aislamiento territorial y del cultural. Como un agua mansa y estancada, las formas rurales y vulgares del siglo XVI, que conocen todavía muchas regiones españolas, subsisten lo mismo en Buenos Aires que en Santa Fe de Nuevo Méjico.<sup>16</sup>

Las reacciones al bofetón de Castro fueron por supuesto airadas y en auxilio unánime de una identidad que corría peligro. Entre ellas la de Borges ha quedado como modelo de réplica irónicamente fulminante. La ironía, por supuesto, es atributo consustancial de su hacer intelectual, pero aquella no es más que una caja de resonancia para hacerse oír bien alto entre sus congéneres heridos. El alegato llamado “Las alarmas del doctor Américo Castro” (1941) no pasa de ser una reacción furibunda, un devolver el golpe del modo más dañino posible. Borges duda de la inteligencia y probidad de su contrincante. Le acusa de “infantil gravedad”, de “errónea y mínima erudición”, de “trivialidad del pensamiento” y “pintoresco dislate”. Ante la corrupción del idioma español en El Plata que Américo Castro denuncia, Borges se remanga la camisa para decir que él en persona ha comprobado que los españoles no hablan “mejor que nosotros, hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda”. El agravio se hace notorio cuando apunta que el doctor Castro “ataca los idiotismos americanos, porque los idiotismos españoles le gustan más”, o cuando intenta una doblez al afirmar que nadie sueña en parangonar el lunfardo argentino “con el exuberante caló de los españoles”. Hay una velada acometida a Amado Alonso pues a él se debe que, desde un plano técnico, de auténtica competencia lingüística, se definiera abiertamente de “problema” el uso del español hablado y escrito por aquellos confines. Velada porque más de un contrincante en la disputa hubiera adquirido la naturaleza de refriega. Es bien conocido el gusto de Borges por

<sup>15</sup> Hay, sin embargo, quien quiere ver en el español de América una loable antigüedad precisamente por conservar un español ya perdido en la península ibérica. Esto es lo que decía el escritor norteamericano Waldo Frank: “El castellano de Felipe II se mezcló con el andaluz de los conquistadores para hacer un español-americano que hoy día es más viejo que la actual lengua de España” (Waldo Frank 1942, 62).

<sup>16</sup> Américo Castro 1941. Cito por la segunda ed. Madrid: Taurus, 1960 (¿o 1962?) (2ª ed.). 115-116. Véase Ivonne Bordelois y Angela Di Tullio 2002. También el muy reciente análisis de James D. Fernández.

la provocación como acicate general de conciencias, en mayor medida españolas y argentinas. Por ejemplo, cuando equipara el *Quijote* con *Fausto*, poema gauchesco de Estanislao del Campo por ser ambas obras dignas de una “inmortalidad de renombre” (Teodosio Fernández 2006, 184). Borges concede que el lunfardo sea un dialecto, pero no consiente de ningún modo que haya más jergas en su país, y así, al paso, deja caer una severa acusación a ciertas instituciones de molesta injerencia:

No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobando las sucesivas jeringonzas que inventan. Han improvisado el gauchesco a base de Hernández; el cocoliche [mezcla de italiano y español] a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el vesre [metátesis], a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos, mañana transcribirán la voz de Catita [conocida actriz argentina que popularizó ciertas deformaciones del idioma]. En esos detritus se apoyan; esas riquezas les debemos y les deberemos. (Borges 1976, 37)

Aquí está el ataque: entre 1927 y 1946, la actividad de Amado Alonso estuvo entregada íntegramente a la dirección del “Instituto de Filología” de Buenos Aires, del que Américo Castro fue su primer director. Dentro de la ordenación y selección de los estudios de dialectología, inició la publicación de la “Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana” (1930-1949). Bordelois y Di Tullio aportan una muy razonable contextualización: en aquel tiempo, como se ha visto, se proponían diferentes acepciones de nacionalismo, uno de ellos el hispanizante. La procedencia hispánica de los directores del “Instituto de Filología” levantó la sospecha de que se pretendía un tutelaje para recobrar dominios perdidos, cuando en realidad el Instituto debía estar en manos argentinas (Bordelois y Di Tullio 2002 y Di Tullio 23). Contribuyó a buen seguro que al acabar la guerra civil española muchos intelectuales emigraron a Argentina, y allí trabajaron desde una posición, casi atalaya, de salvaguarda del español que derivó en una mayor presencia y desarrollo de la Academia Argentina de Letras, fundada en 1931 y finalmente subsumida en la Española. No es en absoluto forzado pensar que en realidad Borges esté también contestando a su en otro tiempo “compañero en estas preocupaciones” del idioma, el lingüista Amado Alonso, y no únicamente al ya entonces consagrado “doctor Castro”. O que éste no fuera más que una excelente disculpa para saldar viejas cuentas con los españoles que cedían su lengua a modo de sublime usufructo.<sup>17</sup> No quedará de más recordar aquí que el primer capítulo de su libro *El problema de la lengua en América* (1935) se llama “El problema de la lengua en Argentina”. La invectiva de Borges empieza con las espadas muy en lo alto: “La palabra *problema* [en cursiva en el texto] puede ser una insidiosa petición de principio”.<sup>18</sup> El título “peculiaridades lingüísticas” de Américo Castro queda en una media tinta en comparación con el certero campo semántico del término “problema”. No es, pues, nada de extrañar que el libro de Américo Castro diera a Borges la ocasión para vérselas también con otros que vivían *bonaerensemente* ‘de reprobando las sucesivas jeringonzas que inventan’ (37). Amado Alonso abandonará el país en 1946.

Desde luego, no había de ser fácil enfrentarse a quien detentaba la cátedra del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires, respaldado nada menos que por Menéndez Pidal y el reverenciado por muchos argentinos Ricardo Rojas. Por otro lado, hay que dejar por evidente que el ataque de Borges es muy comprensible, y necesario. Tan comprensible como la reacción instintiva de Juan Dahlmann al recoger la daga que le arrojara

<sup>17</sup> Domingo F. Sarmiento advertía acerca de los españoles y su lengua: “Si de idioma se habla, entiende que el castellano es suyo, y que son intrusos desautorizados los treinta millones de Americanos que lo hablan, de prestado al parecer (Malamud, 190).

<sup>18</sup> Ocho años después Amado Alonso volverá a reincidir en sus cavilaciones lingüísticas, para muchos dentelladas de un orgullo diezmado, esta vez bajo el nombre de *La Argentina y la nivelación del idioma*.

el viejo gaucho en el desenlace de *El Sur*. Borges creyó que Américo Castro estaba lanzando un provocador guante a quien tuviera vergüenza además de bríos para recogerlo. Pero Borges cometió el error de ver un desafío donde únicamente, o sobradamente, había un orgullo herido de quien considera la lengua no dominio de sus usuarios, sino de sus custodios, aquellos que la originaron y la donaron a la comunidad de sus hablantes. Si para los argentinos, Borges al frente, la cuestión del idioma era vital para su propia definición como pueblo, los españoles, eso sí, en funciones de comandancia de toda la tropa, veían en el español una propiedad que, después del denominado Desastre, se defendía a capa y espada de los que se rebelaron y soltaron de la mano de la madre patria. En este otoño de 2013 Julio Ortega habla de un horizonte de plurilingüismo trasatlántico o Héctor Abad Faciolince de que “cuanto más dispuesta a la bastardía sea una lengua y cuanto más mestizos sus hablantes, más variado y fecundo es su proceso de contagios enriquecedores” (Ortega 2013 y Abad Faciolince 2013). Pero en 1941 Américo Castro, en aquel trabajo que Borges tildó de cacofónico, se refería a un esplendor solo posible en la memoria: “El Imperio español del siglo XVI fue un modo especialísimo de civilización, sin igual ni antes ni después” (44). Aquí está el trasfondo de la querrela. Si aquella grandeza fue perdida, aquella tuvo por cauce y bastidor la lengua española, aún en pie, todavía en manos y labios de España. Es asunto espinoso no resuelto del todo en la actualidad. No hace falta más que un mínimo sondeo entre profesionales de la lengua en América Latina para comprobar su opiniones respecto a la regla, a la norma “española” frente a la variedad de sus hablantes americanos. Para Américo Castro, epítome sin duda del parecer de muchos peninsulares contemporáneos, la ausencia de guía en Argentina al independizarse fue la causa del deterioro que denuncia, la tendencia a evitar cualquier regla, la gramatical incluida, y la impunidad con que se recibe tal desapego y desvío. Ese fue el enorme traspié de Castro: rastrear extravíos dialectales y localizar en ellos reflejos del alma argentina y el cuadro clínico de una patología social.<sup>19</sup> Y la conclusión es “plebeyismo universal”, “instinto bajero”, “desborde de la ritualidad rústica”, “encrespamiento del alma al pensar en someterse a cualquier norma” (Bourdalois 2011), “complejo de inferioridad-superioridad”, “desequilibrio y perversión colectiva” el uso del voseo (Guance 37). Es camino que conduce a un seguro precipicio, aquel al que le aboca el contrincante resuelto a no aceptar ninguna intromisión en el alma que le constituye como sujeto.

Para Américo Castro la argentinidad no existe como evidencia indiscutible (*Peculiaridad* 83), y su peculiarismo no es otra cosa que una de tantas formas de “antifilia” hispana (93). Es decir, Argentina *solo es* posible si diverge con España, y *no es* sin esa obsesiva aversión, su fobia, su “antifilia” a lo español. Tanto es esto así, que habría que hablar de calco, de reflejo de aquel país del que se independiza o desprecia. “Las Españas de ultramar” es su nombre auténtico (*Peculiaridad* 53). El calvario de Jovellanos es el mismo que el de Bernardino Rivadavia (63). José Manuel de Rosas no es sino la versión argentina de Fernando VII (63). Las palabras rústicas usadas a orillas del Plata pertenecen a todos los pueblos castellanos. La singularidad de la lengua argentina, por tanto, es sencillamente una fase previa del español peninsular. Nada más. El tan traído arcaísmo argentino es un anhelo por aferrarse al menor rasgo diferencial para idear íntimas singularidades (31), es la infancia de lo que habla la España lingüísticamente adulta. El problema, porque Castro como problema lo vive, viene por “el detrito de dialectos incultos, como el calabrés y el genovés” (85). En este catálogo de semejanzas todavía es posible un grado más en el parangón: “El proceso de autodestrucción siguió desarrollándose durante el siglo XIX en España y en las que fueron sus Indias [...]. En algunas zonas del ex-imperio aún no se interrumpió el proceso de descomposición, de autofagia” (51). De lo que se puede inferir que la destrucción de España implica inexorablemente la destrucción de América. Y ya que de semejanzas se trata,

---

<sup>19</sup> Castro 86.

compárese esta afirmación al tercer axioma de la *Geometría* de Euclides que le presenta Lotario al curioso Anselmo: “Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan también son iguales” (*DQ*, I, 33).<sup>20</sup> El verdadero problema es que no hay opción. Un pueblo nacido en “contextura con gente mora y judía” llega a América integralmente mezclado, homogéneamente mestizo. No hay lugar para nuevas amalgamas, solo inocentes reflejos, unas veces reiteración de errores y de aciertos, otras turbulentas y espurias falsificaciones. En cualquier caso, una mera añadidura.

Ciertas tesis personales en las que América ocupa su lugar, dan cuenta del ánimo colectivo de una generación que no pudo, o no supo, sustraerse a la nostalgia de un antiguo brillo deslustrado en su presente: “De joven -decía Castro-, con el amargo sabor dejado por la guerra de Cuba (los soldados repatriados, andando sin rumbo, tiritando con sus uniformes de rayadillo) apetecía marcharse a climas humanos menos desventurados” (Castro, 1979, 27). La derrota es la eliminación de un espacio por siglos apropiado a la “vividura” de la singularidad hispánica. Como bien es sabido, por “vividura” entiende la unidad de un movimiento vital (Castro 1959, 97). Para Américo Castro, el imperio español no fue simple obra del pueblo o de una determinada creencia, “las conquistas de Méjico y del Perú fueron empresas hechas posibles, cada una de ellas, por la iniciativa de una sola persona: la de Cortés y la de Pizarro”. Al igual, las dos grandes herejías para el catolicismo (albigenses y protestantes) tuvieron en Domingo de Guzmán y en Ignacio de Loyola los dos grandes caudillos religiosos que conformaron su oposición (Castro 1959, 100). Obras personalísimas con efectos universales. Es “la dimensión imperativa de la persona”, tan cara en su historiografía.<sup>21</sup> América, para Castro, no es más que un escenario para que la individualidad hispana formada en la frontera física y moral de las tres religiones se ejercite, se corrobore, haga patente la integridad de su ser histórico. Y la lengua es eslabón suyo, molécula y entraña vital, los confines de su decirse. Quien quiera entrar en sus dominios habrá de verse sujeto a la ley y a sus legisladores. Cualquier discordancia será interpretada como un intento de asedio. Llegado a este punto, no hay otra que el toque a rebato en defensa de la lengua española. James D. Fernández ha sido certero en sus apreciaciones: “Hay en don Américo un resabio de nostalgia imperial, y una incapacidad de reconocer plenamente la independencia de Iberoamérica” (105). En su fuero a veces no tan interno, se trata tan solo de un lugar donde explayar esa “dimensión imperativa de la persona”. Un solar inmenso donde un puñado de repúblicas pujan por alcanzar una dimensión histórica, cuando, en su opinión, no son más que un calco o reflejo, un epígono remedo de la cultura y de la historia española. He aquí lo que no supo ver Borges: Castro racionalizó intensamente una naturaleza híbrida del ser hispano, y no había lugar en su proyecto intelectual para nuevos mestizajes o aleaciones culturales. Como la realidad histórica, la lengua es solo una. Por eso la reacción de Borges era necesaria: para que España, en una metáfora muy borgeana, se mirase en un espejo remiso a reflejar sus gestos y palabras.

### **El imperialismo de la defensa española y los meridianos intelectuales de la lengua**

En esta defensa del español peninsular late una obsesión de Pajares que recorre toda su obra: el ludibrio y la diatriba de América Latina, no solo su lengua, sino también su alimentación, sus dirigentes, sus leyes, su indumentaria, su singularidad racial, todo aquello que sirva de credencial de su nueva naturaleza. Y el más acendrado odio a todo lo que suene a Argentina y a Buenos Aires. Una auténtica “dicteriología” o “improperiología”, en términos de Américo Castro (1970, 24). Y no era tanto un resentimiento aislado procedente de una experiencia particular como un resquemor compartido, una vindicta desde la que poder hacer

<sup>20</sup> *Los seis libros primeros de la Geometría de Euclides* se traducen al castellano en Sevilla, 1576.

<sup>21</sup> Américo Castro 1959. 87-115. Es concepto que usa con frecuencia, por ejemplo en *De la edad conflictiva* 1961, 66.

patria. Hay un hispanoamericanismo tras la guerra civil que reivindica posiciones de radical distancia con las mantenidas al otro lado del charco (Pérez Montfort). El periodista Juan Ferragut, oculto autor del *Diario de una bandera* (1922) que Francisco Franco firmó como relato de sus campañas africanas, dedicó en el periódico *Mundo gráfico* una reseña de *El conquistador de los trópicos*, la cual termina con aires de similar y herida grandeza:

Esta novela, divertidísima y pulcramente escrita [...] obtiene justamente un gran éxito de público, mal que les pese a los hispanoamericanistas de banquete y adulación, y a los americanos que no han sido todavía capaces de comprender la deuda inmensa de gratitud que tienen con España. (Ferragut 3)

Dos años antes, en 1920, se intentó recaudar fondos de hispanohablantes de ambas laderas del Atlántico para financiar el monumento a Miguel de Cervantes erigido en la madrileña Plaza de España. En el prospecto publicitario los autores de la monumental efigie declaran entre sus varias intenciones “expresar el hecho histórico de la invasión del Nuevo Mundo por nuestro idioma”.<sup>22</sup> “Idioma” aquí es equiparable a espada, a credo verdadero, a pertrechos bélicos y morales del imperioso invasor. Las mismas maneras e idéntico talante a Nicasio Pajares. Era tema recurrente como se puede ver en la reseña que hace Carlos Sampelayo de su *Conquistador de los trópicos* para el *Heraldo de Madrid*: “No es el típico libro del conquistador a lo vasco o a lo Balboa. Los trópicos para esos escritores fueron el tópico que ya estaba hecho. Y este, a su vez, se convirtió en el tóxico que nos envenena de la falsa artificiosidad americana”.<sup>23</sup> O la que hace a *Don Quijote y Tío Sam* desde las páginas del diario *El Sol* el político socialista y republicano José Díaz Fernández, y en la que celebra como “deliciosa” broma que en el futuro Argentina sea el único país del mundo sin incorporarse a la gran corriente central de progreso humano, y que reciba la denominación de “la gran pera geográfica, la Gran Pera del Sur.”<sup>24</sup> Alegría bien manifiesta por el desprecio y total rechazo que recibe Argentina en un mundo final de justicia planetaria.

En aquellas ahora lejanas orillas la defensa de una norma lingüística proveniente de la antigua metrópolis se recibe con el recelo más agrio y visceral. Oculta, se sospecha y se afirma, velados afanes imperialistas, un “neoimperialismo manso”, que decía el cubano Fernando Ortiz, o una “violencia grata”, en palabras de Azaña (*¡Todavía el 98!*, 88). Salaverría, por ejemplo, aquel celador de la lengua española, en su libro *La afirmación española* (1917) hace una encendida apología de la conquista de América, paradigma de heroísmo colectivo y de encomiable expansión. Y no es hora de pactos banderizos: el reclamo de la lengua española como última posesión de la hacienda imperial es unísono entre aquellos que viven de ella y en ella se reflejan. El viaje a América de Blasco Ibáñez en 1909 se exaltaba y definía en la prensa como “el viaje de la lengua castellana, de la literatura española” (María Victoria Sánchez Samblás, *Hispanidades trasatlánticas o la reconquista espiritual de América*. 78). No solo será defensa de la lengua, porque a lo largo de sus conferencias argentinas, Blasco desarrolló un vehemente discurso apologético de la Conquista, de la que llegó a afirmar que fue gesta de paladines y “la epopeya más grandiosa, que aún no ha habido un Homero que dignamente la cantara” (María Victoria Sánchez Samblás 113). La precisión de Manuel Azaña viene aquí en valioso apoyo:

Otros llevan a las Américas los frutos de un don espiritual para obsequiar a los

<sup>22</sup> James D. Fernández 25; para el uso de esta estatua entre los sublevados en la guerra civil véase Mónica Poza Diéguez La bisagra discursiva de la memoria: Ortodoxias y heterodoxias de la Imago en el teatro religioso del siglo de Oro”, tesis doctoral de la Universidad de California, Davis, 2012. Ann Arbor: ProQuest LLC, 2012. 462

<sup>23</sup> Carlos Sampelayo en el *Heraldo de Madrid* 12155 (16 enero 1925): 5

<sup>24</sup> *El Sol* 4067 (24 de agosto 1930): 3

naturales y obtener sin violencia, o con violencia grata, algún provecho. Algunos se han equiparado a los conquistadores porque tienen la lengua expedita. Si no tuestan en parrillas a ningún rey achicharran con discursos al vecindario.” (87-88)

Visto lo cual, Nicasio Pajares y José María Salaverría, y habría que incluir a Blasco Ibáñez y a tantísimos otros, aunque adversarios políticamente, parecen respirar por una misma herida que intentan restañar con similar orgullo. Salaverría derivará hacia posiciones de nacionalismo conservador. En el *ABC* de Sevilla publicó un artículo en plena guerra civil en el que afirmaba: “Don Quijote no hay duda que pondría su lanza al servicio de Franco, dispuesto a pelear como nunca contra los mandrines rojos” (Salaverría 1938, 3). El viejo anarquista Nicasio Pajares decide en los mismos años afiliarse al Socorro Rojo Internacional, después de haber militado en el Partido Republicano Radical Socialista.<sup>25</sup> De lo que se deduce que un asunto de tan acalorada disputa como el de la supremacía de la lengua llegaba con parecido eco a posiciones de extrema divergencia. Esto es algo que merece una atención especial. El nacionalismo, y por tal ha de entenderse aquí cualquier nacionalismo, llegó a convertirse en una totalizadora fuerza. Ciertos temas aunaban criterios divergentes en una misma defensa. En 1929, un año antes de que Pajares escribiera *Don Quijote y Tío Sam*, Ramiro de Maeztu pronunciaba una serie de conferencias en Bahía Blanca y en Montevideo, esta última en el Centro Gallego al que Pajares estaría acostumbrado a asistir. Bajo el título genérico de “El espíritu de la civilización española”, acabará formando el embrión del capítulo sobre “El sentido del hombre en los pueblos hispánicos” de su *Defensa de la Hispanidad* (1934). Entonces embajador en Buenos Aires, Ramiro de Maeztu prescribió en tierras americanas ese nacionalismo conservador cuya misión era el ecumenismo de la raza hispánica encargada de dirigir a la Humanidad hacia la salvación (González Calleja 609). No pretende otra cosa el Alonso Quijano de Pajares, pero con las miras puestas en el lejano 2092 y en un mundo anarquista, aéreo y ginoexogámico, muy a trasmano obviamente del deseado por Maeztu.

En Pajares todo este debate de la lengua es un elemento más de su diatriba disparatada y cómica, aunque no exento de un muy reconocible imperialismo de la lengua española, como bien denunció Alfonso Reyes con su acostumbrada capacidad de convicción (1995, 58-64). Por otro lado, en círculos socialistas y anarquistas entre los que se desenvolvía Nicasio Pajares, era habitual el rechazo de los elementos considerados más tradicionales de la cultura gallega. Muchos emigrantes en tierras australes habían asumido las ideas positivistas e internacionalistas del socialismo argentino, evidentes en su fundador Juan B. Justo. Una era la idea de un idioma universal, ensoñación frecuentísima del anarquismo distribuido por medio mundo. En aquel sueño que representó el *Ariel* de Rodó y en la formación del nacionalismo hispanoamericano hay quien reclama que se reconozca una mayor presencia de emigrantes socialistas genoveses, anarquistas gallegos y federalistas catalanes (Mainer 1988, 148). En 1906 en *El despertar Hispano*, periódico de Santa Fe en el que trabajó Pajares, se promocionó el esperanto en Argentina y entre la colectividad hispánica como una superación de rémoras lingüístico-culturales (Núñez Seixas 2001, 695). La dirección tomada por Pajares se aparta de universalismo idiomáticos para aferrarse a la lengua como su más poderosa estrategia frente a los rebeldes que levantaron la voz en un español distinto. Cuando Alonso Quijano se encuentre en la selva con Tío Sam, ya en plena labor de colonización imperialista, le amenaza cómicamente con la posibilidad de un nuevo enfrentamiento bélico. Estados Unidos ha empezado a respetar a su antiguo enemigo:

<sup>25</sup> Para el Partido Republicano Radical Socialista véase *La Voz* 2889 (2 de abril 1930): 4. Para Socorro Rojo véase Juan Manuel de Prada 40.

Además, ilustre Sam, vos, enemigo de ayer, me respetáis ahora [...], rendís ya la obligada pleitesía a mis artistas, mientras en estos aborígenes nada pesa el haberles libertado del taparrabos ancestral [...]. Con todo [...] sospecho que quizá tengamos que venir a las manos otra vez.

Y la razón de sospechar un nuevo enfrentamiento pasa ahora por la vigilancia y amparo de la lengua. Con no poca sorpresa de su interlocutor, Alonso Quijano amenaza:

Sí... Todo está bien cuanto hacéis por aquí. Pero intentáis tocar ya mi alma, que es mi idioma. Intentáis herirla. Y esto, ¡acordaos!, os puede ser fatal algún día [...]. Quizá por este vuestro error yo viera hundirse en pleno océano vuestro actual poderío de oro, hierro y cemento armado. (57)

Este es el *quid* de la cuestión: la defensa del español peninsular puede dar pabulo a una nueva guerra o reconquista organizada desde las Españas peninsulares por el heredero del don Quijote cervantino. El idioma es el alma. Todo puede ser revisado, deslucido, denigrado incluso. Todo aquello que nos concedió soberbia y altivez puede dejarse caer por una borda definitiva. El imperio, la memoria, la raza, la patria, la religión, Cervantes, Isabel II, Santa Teresa de Jesús, el *sursumcorda*... Todo menos la lengua española, el último bastión, lo irrenunciable, lo irrevocable, a cuyo doblar de campanas acude la gente en masa y por doquier, sin distingos de fisonomías políticas, camarillas espirituales o tonos de voz. El 15 de abril de 1927, Giménez Caballero y Guillermo de Torre publicaban en la *Gaceta Literaria* una declaración en que se afirmaba que el meridiano intelectual de Hispanoamérica pasaba por Madrid. En Buenos Aires se redactó una respuesta escrita en lunfardo para acentuar el localismo y despremiar el afán centralizador de España. Ese meridiano fue trasladado a Buenos Aires, al grupo Florida y al grupo Boedo, las dos grandes capillas de la intelectualidad literaria argentina (Ferreira de Cassone 27). Escritores argentinos como Santiago Ganduglia, Raúl Scalabrini Ortiz, Pablo Rojas Paz, Nicolás Olivari, Ricardo Molinari, rebatieron con respuestas de diversa laya en el número 42 de la revista *Martín Fierro* del 10 de junio de 1927. La respuesta más explosiva fue la de Borges:

Madrid no nos entiende. Una ciudad cuyas orquestas no pueden intentar un tango sin desalmarlo; una ciudad cuyos estómagos no pueden asumir una caña brasilera sin enfermarse; una ciudad sin otra elaboración intelectual que las greguerías; una ciudad cuyo Yrigoyen es Primo de Rivera; una ciudad cuyos actores no distinguen a un mejicano de una oriental; una ciudad cuya sola invención es el galicismo –a lo menos, en ninguna parte hablan tanto de él–; una ciudad cuyo humorismo está en el retruécano; una ciudad que dice “envidiable” para elogiar ¿de dónde va a entendernos, qué va a saber de la terrible esperanza que los americanos vivimos?<sup>26</sup>

En el mismo número de *Martín Fierro* escribe, en compañía de Carlos Mastronardi, en ese lunfardo que no solo admite, como dirá en su respuesta a Américo Castro, sino que solventa con gran soltura, una respuesta a la desgraciada declaración de la *Gaceta*:

¡Minga de fratelanza [fraternidad] entre la Javie [metátesis de “vieja”, “madre”] Patria y la Villa Ortúzar! [barrio de Buenos Aires]. Minga de las que saltan a los zogoibis del batimento [declaración] tagai [metátesis de “gaita”], que se quedamo estufo [de

<sup>26</sup> “Sobre el meridiano de una Gaceta”. *Martín Fierro* (segunda época) 42 (10 de junio-10 de julio 1927). En Jorge Luis Borges. *Textos recobrados (1919-1929)*. Barcelona: Random House Mondadori, 2011. Véase Carmen Alemany Bay (1998 y 2012)

“estufarse”, “enfadarse”), que se [...] con las tirifiladas [“engreídas”] de su parola senza [“sin”, “sin nada”] criollismo. Que se den una panzada de cultura esos ranfañosos [“mugrientos”], antes de sacudirnos la persiana. Pa de contubernio entre los que han patiao el fango de la Quinta Bollini [barrio de Buenos Aires] y los apestosos que la yugan [“trabajar”] de manzanilla. Aquí le patiamo el nido [cuna, origen] a la hispanidá y le escupimo el asao a la donosura y le arruinamo la fachada a los garbanzelis [garbancero, español]. (“A un meridiano encontrao en una fiambreira” 305)

### **Tío Sam supedita al americano del sur. Benevolencia de Alonso Quijano**

Estábamos en que Alonso Quijano había conseguido reunir a los habitantes de su solar patrio para iniciar una nueva reconquista de América, lingüística, comercial, política y, por encima de todo, moral. Reaccionan los convocados aferrándose a sus idiomas respectivos, pero al final todos salen en Clavileño, hidroavión gigante, navío celeste, rumbo a América. Al llegar se esparcen por aquella inmensa y virgen tierra, buscando cada cual adecuada palestra. Quijano levanta su tienda en la selva. Salacot por yelmo y pay-pay por lanza. De la espesura repentinamente aparece un mico haciendo cabriolas y piruetas. No es un mono, sino un hombre, un indígena que precede a un señorón de barba cana y frac azul constelado de estrellas y rayas azules y rojas: es tío Sam, emblema de los Estados Unidos de América. Lleva en sus manos talego y látigo, y con ambos consigue que el ahora llamado “bosquimano” se refugie en sus piernas. Detrás de esta imagen de dominación desliza Pajares una alusión a esa política de “big stick” (“speak softly and carry a big stick, you will go far”) que el presidente Theodore Roosevelt, sorprendente premio Nobel de la Paz en 1906, implantó en su relaciones diplomáticas y mercantiles con Latinoamérica. A nuestro tremebundo Quijano le mueve el deseo de verticalizar al indígena, negándole radicalmente la humana bipedación. Lo mismo quiere Sam, pero como fase posterior a una prioritaria doma. Ambos están allí de conquista, aunque con armas muy distintas. La similitud en la pretensión sirve para paliar tiranteces en ambos conquistadores:

A despecho del huero tópico de la raza, yo he de declararos que me siento más afín, más simpáticamente afín de vuestra espléndida y rubicunda síntesis étnica que del híbrido y sucio producto que ha sacado mi estirpe al injertar en la resaca asiática que se introdujo en este continente por el estrecho de Bering. Entre vos, francote y jovialote, enérgico y juvenil, y esa resaca que os he mencionado, os prefiero. Esta resaca macilenta sé que, a pesar de todo, me odia [...], me odia ciegamente y me odiará, en secreto, siempre. Siente hacia mi el más inextinguible de los odios, el odio racial [...]. El vano tópico de la independencia, si, en cambio, extirpáis de esta selva la inercia y la roña, las pestes y las matanzas fratricidas. Si la hacéis más floreciente, más fecunda, para que por ella puedan expandirse las apretadas multitudes europeas y la humanidad entera. Vos, a pesar de todo, hacéis aquí más libre al hombre, siervo y víctima de tiranuelos grotescos y crueles [...]. Además, ilustre Sam, vos, enemigo de ayer, me respetáis ahora [...] rendís ya la obligada pleitesía a mis artistas, mientras en estos aborígenes nada pesa el haberles libertado del taparrabos ancestral [...]. Con todo [...], sospecho que quizá tengamos que venir a las manos otra vez. (56-57)

“A despecho del huero tópico de la raza”, decía. Casi treinta años después de perder la guerra con Estados Unidos, la España representada por este don Quijote reconquistador desprecia radicalmente a aquellos que se rebelaron a su poder. Un año antes de la aparición de la novela de Pajares, el cubano Márquez Sterling declaraba en uno de sus discursos:

El epílogo de la dominación española en América acusa, así, en las negociaciones de París, una traición innegable a la Raza, a impulsos del despecho, por parte de España, y dio lugar a que los norteamericanos vistieran la armadura del caballero Alonso de Quijano; bajo ella guardaron para nosotros una daga envenenada: la enmienda Platt. La enmienda Platt es la garra de Walker, oculta en el guantelete prestado de Don Quijote. (*Discursos* 130)

El 28 de febrero de 1901 la enmienda del senador Orville H. Platt quedaba como apéndice de la constitución cubana y establecía una presencia decisiva de Estados Unidos en los asuntos nacionales de la isla, tales como permitir la intervención política y militar, reducir la deuda pública o restringir las relaciones exteriores. Esta enmienda Platt es un aviso de la famosa enmienda, tres años después, del presidente Roosevelt a la “doctrina Monroe”. El libro de Pajares es consecuencia de un escenario internacional del que España fue excluido. 1898 no solamente significó la pérdida de poder de España en Latinoamérica, sino también la emergencia de Estados Unidos como potencia imperialista en toda la región. En este escenario nuevo sobreviene una reacción antiimperialista de la que forman parte, por ejemplo, el mexicano Carlos Pereyra y el peruano José Carlos Mariátegui, representantes de lo que alguien ha llamado “primer antiimperialismo latinoamericano” (Oscar Terán; Aimer Granados).

John Quincy fue el creador de aquella célebre frase “América para los americanos”, que reclamaba que cualquier intervención de Europa en América sería interpretada como un acto de injerencia cuando no de agresión, que requeriría la inmediata respuesta de Estados Unidos. Esto significaba que Europa no podía invadir ni tener colonias en el continente. En aquellos años de afanes imperialistas, la doctrina Monroe venía a permitir que las potencias europeas se ocuparan de Asia y África, pero nunca de América. En aquel año de 1823, en que el presidente Monroe presentó en el Estado de la Unión la exigencia de concierto internacional, quedó abierta la puerta para una dominación absoluta de lo que a veces se denominó “el cuarto de atrás” de Estados Unidos. Esta “Doctrina” recibió un sustancial corolario por parte de Roosevelt en 1904 a raíz de la amenaza de Alemania, Inglaterra e Italia de Bloqueo Naval a Venezuela (1902-1903) para hacer efectivo el pago de una deuda contraída en las últimas décadas del siglo XIX.

Aquellas palabras de don Quijote (“me siento más afin, más simpáticamente afin de vuestra espléndida y rubicunda síntesis étnica que del híbrido y sucio producto que ha sacado mi estirpe”) son claro ejemplo de la bilis racista de un defensor de cierta ensoñación de anarquismo ginoexogámico, como luego veremos. El posible enfrentamiento de nuevo con Estados Unidos estaría esta vez causado por el idioma, sobre el que Quijano no acepta ninguna duda en la defensa de su pureza peninsular. Sam se adentra alegre e impositivo en la espesura y el indígena le sigue después de mirar despectivamente a Alonso. Don Quijote ha fracasado en su empresa de colonizador y baja hacia el sur, “a las orillas de la charca mefítica llamada Estuario” (62). Allí se junta con cada uno de sus vecinos españoles, a los que les pregunta por sus logros. Don Xaume ha descubierto un específico capilar, se ha hecho cacique, se ha enriquecido con el negocio de pieles de puma y jaguar y tiene, nada más y nada menos, que veintinueve hijos. Este personaje procede de *El conquistador de los trópicos*, allí con el nombre de Xaume Nomdedeu, de Vich, al que Yáñez, héroe de la novela, llama “campeón del blanqueo racial” (150). Todos regresan habiendo dejado en el continente “el bajo vientre”, lo desechable, excretable, aunque también la valiosa simiente del mestizaje (70). Estos nuevos emigrantes que proceden de todos los rincones de España son respuesta valedera a los que acusaban al gobierno de negligencia por no llevar a cabo una cuidada selección de los que embarcaban a América, contribuyendo así a la fama de gañanes sin cualificación alguna habituados sin más a valerse en las más extremas circunstancias. Desde Cataluña se sostuvo

que España no supo gestionar una política de emigración que exigía decisiones de gran trascendencia. Federico Rahola, por ejemplo, en su libro *Sangre nueva*, denunciaba “la lenta decadencia de la influencia comercial española en el Plata, simbolizada hasta solo unos años antes por los veleros catalanes que remontaban los ríos del litoral en busca de las carnes saladas y los cueros que habrían de transportar a Cuba y Barcelona”.<sup>27</sup> Rahola creía que España había excluido de la obra colonizadora a catalanes y vascos, a los representantes de la energía reproductora, los hábitos comerciales y el sentido moderno de la vida. Y lo hizo en beneficio de esa España imperial, de conquistadores e hidalgos reñida por completo con el espíritu mercantil (Rahola, 447). No puede, entonces, estar más claro el entramado ideológico que Pajares despliega: sin renunciar a ningún blasón de clase, de abolengo, sin renegar del secular carácter español, conquistador, poeta, pendenciero, soberbio, una reconquista pergeñada por el mayor símbolo de la españolidad, don Quijote, pero esta vez con toda suerte de españoles, de cada uno de sus rincones patrios, vascos, catalanes, andaluces, gallegos... La arrogancia señorial de la misma mano que el interés económico. Alonso Quijano, el hidalgo despreocupado de la finanza, llevando de la mano a don Xaume de Tarrasa, nuevo cacique enriquecido con el negocio de pieles de puma y jaguar, como aquellos emigrantes catalanes que, prósperos, trasportaban cueros a Cuba y Barcelona, como decía Rahola.<sup>28</sup> Este es el tamiz por el que ha de pasar cualquier análisis de la novela futurista de Nicasio Pajares. La actualidad de su época pasaba por un separatismo catalán combativo y de apuesta independentista a todo trance. Algunos de estos catalanistas asumieron el reto, lanzado por Maeztu en *Hacia otra España* (1899), de que fueran las nacionalidades más ricas las que llevaran las riendas del país. Este intervencionismo queda bien resumido en las palabras que José Enrique Rodó, autor de *Ariel* (1900), oyera a un catalán: “O gobernamos en España o nos separamos de España” (Rivera García, 202). El polifacético Diego Ruiz escribió una carta a Lerroux para defender que los catalanes se convertirían en los “piamonteses de España”, sus unificadores, llamados a ejercer una dictadura espiritual sobre el resto del país. Similar tesitura manifiesta la novela satírica de Santiago Rusiñol, *El catalá de La Mancha* (1917), en la que un barcelonés progresista emprendía la reforma de un atrasado pueblo manchego. Pocos años después, Nicasio Pajares recoge el guante y compone una historia en la que un manchego, universal, eso sí, posibilita el triunfo económico y mercantil de un nacido en Tarrasa que simboliza la entera Cataluña. Y lo hace defendiendo el castellano, la supremacía de España en el mundo y la feliz unidad nacional del país. Con frecuencia Cervantes fue utilizado como freno o atenuante de cualquier pluralidad política. En 1916 Luis Araquistáin afirmaba:

Nuestro imperio no existe ya políticamente: las viejas colonias son independientes unidades políticas. Pero la unión no está totalmente rota [...], lo que les vincula es el idioma. El imperio español subsiste, espiritualizado, despojado de lo que en él había de violento y opresivo. Mejor que imperio sería decir que lo que queda es una federación ideal de pueblos. Y el presidente o emperador de esta federación sigue siendo Cervantes, un emperador por consenso democrático de todos sus súbditos, un emperador de origen popular. (8)

La novela de Pajares termina en una “Federación Anarco-Matriarcal Ibérica”, y don Quijote como máxima autoridad mundial. En esa apoteosis última de todas las Españas en una

<sup>27</sup> Federico Rahola 1905, 214-215. Ver también Alejandro Fernández (2004) 38-39.

<sup>28</sup> Carlos Bunge diferenciaba el cacique caballero (Artigas, Lavalle y Benito Juárez), cacique rapaz y gran señor (Guzmán Blanco), cacique conquistador (López I, del Paraguay), cacique sanguinario (Rosas), cacique inquisidor (García Moreno), cacique progresista (Porfirio Díaz)... (*Nuestra América*, 489) ¿A qué categoría pertenecería Xaume de Tarrasa?

unánime reconquista de América, don Xaume llegará trajeado de artista. Negra chalina flotante, sombrero de anchas alas... pero su rozagante indumentaria es para despistar: “Ya sabemos que en Xaume artista está siempre latente el comerciante” (177). La prosperidad es para todos, y su benefactor es uno solo: el manchego don Quijote. Una vez más, aquí domina una atmósfera de simpatía por ese iberismo del que Ortega y Gasset consideraba única solución para vertebrar a España.

### “Todavía en América”. El hispanismo como remedio (horizonte histórico)

Ubicar la obra de Pajares en su contexto ideológico no tiene mayor dificultad: desastre del 98, regeneracionismo, positivismo, hegemonías de las razas, biologismo, psicología y espíritu de los pueblos, lengua e identidad nacional, panhispanismo... Pero el centro axial sobre el que gira toda su obra es la América por completo independiente y el polifacético nacionalismo que la representa. El emigrante Pajares es heredero de dos momentos decisivos para la formación de su hostil relación con Latinoamérica: en primer lugar el nacionalismo argentino de la generación de 1880 y la nueva versión de la llamada generación del Centenario (1910), y en segundo lugar las embajadas culturales a diferentes países americanos, como por ejemplo las de Rafael Altamira (1909), Blasco Ibáñez (1909) o Adolfo González de Posada (1910). En años anteriores a este abordaje diplomático, a medida que perdía extensión geográfica la idea de España, se fue fraguando una corriente de pensamiento proclive a irse sacando poco a poco espinas clavadas por medio de renovadas estrategias colonizadoras. A lo largo del siglo XIX los gobiernos españoles persisten en restablecer el dominio y mando de sus viejas colonias, reduciendo su alcance obligatoriamente a una dimensión cultural y mercantil. La publicación de revistas como *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921) y la diplomacia cultural de principios de siglo son intentos de meditado despliegue por restaurar la depauperada imagen de España. La Institución Cultural Española comenzó en 1914 a invitar a profesores españoles a impartir cátedras y cursos en la Argentina a través de la Junta para Ampliación de Estudios: Menéndez Pidal, Ortega, Rey Pastor, D’Ors, Gómez-Moreno, Américo Castro, Luis de Olariaga. María de Maeztu, Amado Alonso, Sainz Rodríguez, Sánchez Albornoz, García Morente, Madariaga, Francisco Ayala, Gregorio Marañón... En el marco de ese programa la Institución Cultural Española invitó en 1917 a Julio Rey, destacado matemático y profesor de la Universidad Central, a dictar en Buenos Aires un curso sobre *El organismo de la matemática moderna*. Como bien puede verse, una auténtica ofensiva cultural que aún reclama un estudio en su profunda totalidad.<sup>29</sup> Todo esto bajo el marchamo de un *hispanismo* a modo de mano tendida que en realidad escondía el último recurso por recuperar el orgullo herido de un país. Esto es muy conocido y baste remitir para un mayor ahondamiento al libro de Isidro Sepúlveda.

En líneas generales, el hispanismo fue un remozado conducto para arribar de otra forma a aquellas perdidas orillas. Pike sugiere que en el seno del término abarcador *panhispanismo* se encierra una serie de ideas: el devenir de la cultura hispana en idiosincrasia, raza y tradición, y cuya encarnación suprema es la lengua; la reducción de la cultura hispanoamericana a un reflejo de la española trasplantada al Nuevo Mundo, y la jerarquía y

<sup>29</sup> “La nómina de estas embajadas culturales es demasiado extensa para hacer un estudio pormenorizado de cada uno de estos casos” (Isidro Sepúlveda, 344). José Ingenieros señalaba como hitos en esta iniciativa de España respecto a América latina: el Congreso Hispano-Americano de 1900; la expedición comercial al Plata organizada por Puigdollers; los viajes universitarios de Posada y Altamira; la Asamblea española de Sociedades y Corporaciones americanistas en Barcelona en 1911; la Federación Nacional de esas Sociedades por obra de Rafael M. de Labra y Fernando Rahola; el Centro de Cultura Hispanoamericana de Madrid; la Academia Hispanoamericana de Cádiz; la Casa de América de Barcelona; la Asamblea de Sevilla en 1914, y otras iniciativas e instituciones similares (Ingenieros 70, n. 89).

preeminencia de la cultura española como razón y ser de su hegemonía cultural y lingüística. (del Valle y Luis Gabriel-Stheeman 2002, 24). En 1923, fecha de la primera novela de Pajares (*El conquistador de los trópicos*), solo habían pasado catorce años de la visita de Altamira a Cuba, primer país de los muchos que recorrerá con la misión de restañar heridas fundamentalmente morales. Era evidente entonces la relación entre la identidad de la América latina y la crisis de la identidad nacional española. Esto se ve con total nitidez en *Don Quijote y tío Sam* desde el momento en que Alonso Quijano convoca a todos los españoles en aras de una nueva reconquista. Dicho en otras palabras: la reanimación de la identidad española dependía de la eliminación de la identidad americana, como así sucede en el desenlace de esta futurista ensoñación. Para Altamira la modernidad no pasaba por Europa, sino por la América perdida, algo parecido al reclamo de Ganivet para restablecer el prestigio intelectual de España.

Como muchos de los regeneracionistas, también Rafael Altamira soñaba con una restauración del crédito de España, de su historia y de sus cualidades innatas. En rebeldía contra el pesimismo que se apropió del espíritu de España tras el último episodio de descolonización intensamente calificado de Desastre del 98, Altamira se convierte en el apóstol de un hispanoamericanismo que a la corta y a la larga se veía como la solución a los males de España. Si la pérdida de las colonias fue el origen del problema, también se presentó como la solución al mismo. Enfermedad y remedio: haz y envés de una misma realidad llamada Latinoamérica. Como exclamaba Azaña, “todavía en América” se quería hallar consuelo y remedio. Altamira revistió de proyecto pedagógico un regreso a las colonias ultramarinas con la exclusiva misión de oponer hispanismo a americanismo. En aquellos primeros años del siglo XX España se ensimismaba en la búsqueda de remedios a una abatidísima sensación de derrota y desánimo, al menos entre ciertos sectores de alta cultura y conciencia crítica de la propia identidad. Si en esos años dominaba en el país la desunión interna, en las filas regeneracionistas se pretendía un “modalidad hispana” supranacional, es decir, un nuevo ponerse a la faena conjunta de levantar más un destino que una historia, que recomponga la identidad española tanto dentro como fuera de las fronteras. Y este remedio pasa por incluir América como ejemplo de la revisión que España pretende para salir a un agónico flote tras no quedar apenas nada de la pasada gloria que tanto se añora. Curiosamente quedaba en pie, como la última empalizada de un viejo castillo, el orgullo español, aquel orgullo que fue razón de rechazo en suelo latinoamericano, de nuevo es credencial y carta de presentación para el trazado de una reconquista espiritual e intelectual de la América Latina. Todo gira sobre la misma tierra y las mismas armas. Perder América fue catastrófico. Recuperarla será beneficioso. El orgullo español fue decisivo en el alejamiento físico y moral tanto de las colonias como de las repúblicas independientes. No sirvió de escarmiento, pues ahora también el orgullo es lo que lleva a algunos españoles a una nueva aventura por sus viejos solares americanos. Los indianos, los emigrantes, reiteran viejos anhelos. Bandadas que esta vez regresan no tanto en búsqueda del oro como del sustento. En 1921 Manuel Azaña lo describía con su habitual presteza: “Corrido un siglo desde la amputación principal, nuestro trato con América se espiritualiza. Hablamos de hermandad, de lazos morales, del vínculo lingüístico [...]. Pero, quitado el poder político, muchedumbre de españoles buscan todavía en América el tesoro que buscaban los colonos” (Azaña 87).

Lo que fue perdición se pretende ahora remedio. Difícil tarea para un país que ha perdido toda presencia en el concierto internacional. En este contexto de definición de las identidades nacionales de las jóvenes repúblicas, Altamira viaja enviado por la universidad de Oviedo en 1909 para defender lo hispano en general, y en particular defenderlo frente a los intentos de otros países europeos o de Estados Unidos de plantar su reales económicos y culturales en la vasta geografía del sur americano. Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba recibieron, no siempre con brazos abiertos, sus conferencias y sus palabras de fraternal

“volver” al lugar de la derrota. Para muchos la presencia española era una rémora, y patriótico cualquier intento de “desespañolización”. De ahí que la reaparición de la vieja madre patria, idéntica a sí misma, mismo perro con diferente collar, fuera vista con no poca frecuencia como un peligroso caer en idénticos errores. Tras la independencia política, América, al menos cierta América, ansiaba la independencia cultural de España. Apelar de nuevo a la raza, o airear los enemigos del idioma o evocar una historia en común eran prácticas que a menudo levantaban la sospecha cuando no eran rechazadas claramente por esconder en su fuero no tan interno un revisionismo español de manifiesto tinte imperialista. Sencillamente porque aquellos que llegaron con la idea de trazar puentes culturales en cuanto podían ponderaban elogiosísimamente la conquista y sus actores. ¿No habría de ser así cuando a la mínima de cambio Blasco Ibáñez lanzaba soflamas imperiales a los que lo recibieron con una *americana expectación*? Pero no todo fue oposición, pues España encontró un escenario muy favorable a sus intenciones. Tras la guerra del 98, el personaje shakesperiano Calibán, de tan amplia significación, será transformado en emblema de la cultura y la realidad latinoamericana en oposición al materialismo y opulencia bien de los Estados Unidos, bien de los países colonizadores en general. Rubén Darío, José Enrique Rodó, Aníbal Ponce son buen ejemplo de este uso político del personaje de *La tempestad*.

Sin duda por influencia del positivismo de fines de siglo, el etnocentrismo facilitaba la idea de las razas superiores y de las razas subalternas. Esto obedece a un contexto político muy específico: el expansionismo estadounidense materializado en la Unión Panamericana y la doctrina Monroe. Es el escenario propicio para entablar una polémica que se palpaba en el ambiente acerca de las supremacías culturales y raciales. En el influyente libro de Gobineau *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855), la superioridad e inferioridad de los troncos raciales se manifestaba en la lengua. Son los años de las caracterizaciones de orden psicológico y moral de los pueblos. Tras la doctrina Monroe del año veintitrés, en 1856 los *English Traits* de Ralph Waldo se convierten en el pilar del egocentrismo anglosajón de esa tan en boga entonces cartografía de “las razas de Europa”. El célebre discurso de Lord Salisbury, que tanto daño causó al joven Maeztu, sobre la decadencia de las naciones latinas, recibe apoyo certero en el libro de Edmond Demolins *¿A qué se debe la superioridad de los anglosajones?* (1897), con traducción al español un año después del Desastre (González Cuevas 73). Desde distintos púlpitos anglófilos el desprecio de la raza latina es vista como lógica expresión de una entonces novedosa ciencia del carácter o etología según la cual “cada pueblo, raza o nación revela una estructura mental y anímica con virtudes, defectos y modos peculiares de ser” (Biagini 1989, 115). Hay quien, como León Bazalgette, arropado por las tesis socio-organicistas muy en boga en la época, abiertamente habla de una corrupción racial que es severo obstáculo para que América latina ingrese en una ansiada modernidad (Biagini 2000, 45). Enorme fue la repercusión de esta polémica alentada desde un norte crecido por las derrotas de las naciones latinas, la del Segundo Imperio en la Guerra Franco Prusiana de 1870, el ultimátum de 1890 de Gran Bretaña a Portugal, la derrota en 1896 de Italia en la etiópica Adua y la de España en su desastre de 1898.<sup>30</sup> La respuesta se eslabonó durante veinticinco años en una larga cadena de reivindicaciones de la cultura hispana como elemento enriquecedor del carácter hispanoamericano. Entre otros, son ejemplos bien definidos el libro del uruguayo Víctor Arreguine *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglosajones* (1900), el de Salvador R. Merlos *América Latina: ante el peligro* (1914) o *Yanquilandia bárbara. La lucha contra el imperialismo* de Alberto Ghiraldo (1922). No podía quedar lejos el *Quijote* de esta corriente de autoestima de la cultura latina, incluso como valioso acicate de las insurrectas repúblicas. El ejemplo es José Vasconcelos al ponderar el

<sup>30</sup> José María Jover. “Introducción... LX y ss. Esta compartida “derrota” permite hablar de varios 98, en una superación de la excepcionalidad del desastre español. Esta visión es un desarrollo del argumento que Jesús Pabón expuso en 1963 sobre las concomitancias entre el caso español y otras frustraciones coloniales.

significado del personaje cervantino en esa conciencia del latinoamericanista opuesta a la del anglosajón:

Y aunque toda la obra colonial de España se perdió para la metrópoli en lo material, el *Quijote* que guió la conquista, el *Quijote* que después, durante la Colonia, expidió las leyes de Indias, el monumento jurídico más piadoso que vieron los siglos; el *Quijote* que más tarde hizo la independencia política, subsiste en nuestra historia, y en este Centenario habla por veinte repúblicas, para decir que prefiere la locura insensata pero sublime del héroe de Cervantes a la prudente cautela de Hamlet cuyos vástagos lograron dominar la tierra. Nos quedó a nosotros, ha de quedarnos, la locura gloriosa que exige para el hombre mucho más que la tierra. (Vasconcelos 1950)

El término “Patria Grande” para aludir a toda Latinoamérica está ya en Carlos Octavio Bunge (1903), y se consume en el libro del mismo nombre de Manuel Ugarte (1924). Alude a una unidad latinoamericana de tradición hispana enfrentada al expansionismo invasivo anglosajón. A este panlatinismo se alistó Altamira y otros muchos españoles como seguro medio para reintroducir en América una cultura española en trance de severa retirada. La coyuntura era favorable y sumarse a un frente común era una sencilla toma de posiciones. Buena señal de esto es el prólogo que escribió Altamira para el libro de Bunge *Nuestra América* (1903), al que se podría calificar de psicoanálisis de las razas hispánica e indígena, sus defectos más visibles, como buena higiene psicológica previa al rechazo de cualquier elemento procedente del norte.

El problema, sin embargo, es que frente a la barbarie, España tenía poco que ofrecer como juez y parte de una civilización que se reclamaba en Latinoamérica. De hecho, insistió en la recuperación de los viejos ideales de hidalguía, en el desprendimiento y la generosidad como método de reparto, en la convicción de la superioridad cultural, cuando no racial (esto evidente en Pajares), de la madre patria... A poco que se indague se verá que no eran las embajadas culturales una mera apuesta de vindicación como una apología del débito americano a la vieja España (Vasconcelos 1950).

En 1910, un año después de la estancia de Altamira en la Habana, el ensayista cubano Fernando Ortiz contesta a la misión de reencuentro con los españoles con un libro titulado *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*. Ortiz ve en la misión de Altamira un intento por buscar soluciones en América a los trapos sucios nacionales y, sobre todo, un neoimperialismo con una evidente pretensión de alejar a América Latina de otras influencias europeas y de Estados Unidos. Alude Ortiz al quijotismo en su denuncia:

Pero en medio de esta resurrección de quijotismos, algunos hubo de mentalidad avisada, como Labra y Altamira, que sin resistir la corriente en lo que tiene de neoimperialista, dejándose llevar por ella, impulsándola a veces y canalizándola por vías de menor insensatez, no dejaron de propagar allá en su propia tierra la necesidad de progresar, de *européizarse*, de modernizarse, hasta de recibir de la propia América hálitos de vigor y democracia. La tarea es noble para ellos: modernizar a España, darle todo el nivel de la cultura intensa que le falta, acercarla a Europa y a los Estados Unidos, y al mismo tiempo, fortalecer el sentimiento hispanista en Iberoamérica, hacer que en ésta perdure el espíritu de España y para ello alejarla de las otras influencias europeas y separarla de los Estados Unidos.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Eva M.<sup>a</sup> Valero Juan 2003, 215-216. Se refiere también Ortiz a Rafael María de Labra, famoso político republicano, partidario de la autonomía de Cuba, uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza, pionero del americanismo progresista y del estrechamiento de relaciones entre España y Latinoamérica, lo que él llamaba la “Intimidad Iberoamericana”. Véase María Dolores Domingo Acebrón.

Aquella diplomacia cultural no quedó en entredicho en los lares americanos, sino contradicha con todas sus palabras, claras y españolas.

**Segunda parte de *Don Quijote y tío Sam*.  
Augurio político y ciencia-ficción en beneficio de una idea imperial**

La segunda parte de *Don Quijote y tío Sam* nos lleva hasta 2092. En aquel año un historiador español pasa revista a la primera mitad del siglo XX, que califica de “nueva Edad Media”. Piensa que en aquella época el hombre perdió la libertad en una nueva guerra que explotó en 1970, y que de “nada sirvió la trágica lección de 1914-1918” (79). La novela de Pajares forma por derecho propio parte de esa serie de obras imbuidas del ánimo abatido que propaló la Gran Guerra. Unos años antes Elías Cerdá había entregado su *Don Quijote en la guerra*. “Fantasía que pudo ser historia”, como reza el subtítulo, en la que Romanones y Lerroux, o lo que es lo mismo, liberales y radicales, dieron al traste con la neutralidad española en la guerra de trincheras, con resultados nefastos en todos los órdenes de la vida nacional. La novela fue aplaudida por aquellos que vieron una total locura en la posible participación de España en el conflicto bélico:

Demostrar, mezclando burlas y veras, que la intervención española hubiera sido (y lo sería actualmente) un tremendo desatino, fue el único propósito del distinguido escritor Elías Cerdá, al publicar su libro *Don Quijote en la guerra*, libro que lleva el significativo título de ‘Fantasía que pudo ser historia’. Tan pudo serlo, que en realidad se impuso únicamente porque ni la nación ni el ejército quisieron la intervención, y sí el mantenimiento de la neutralidad más absoluta. Y asusta pensar que la realidad no se hubiese impuesto. (E. González Blanco 278-279)

En este como poco sorprendente ejercicio de elucubración, de escenario medianamente histórico, Don Quijote queda como totalizador sinónimo de una España en ruina moral y económica y arrastrada a empresas de indudable final desdichado. La obra del neutralista Cerdá apareció auspiciada por una atmósfera propicia a este tipo de fábulas de política fantástica. Los éxitos de Domingo Cirici Ventalló y de los hermanos Miguel y Emigidio Tato Amat son claros ejemplos. Cirici (Terrassa, 1878-1917) fue un carlista, germanófilo y anticatalanista que disfrutó de cierta popularidad por su libro *El secreto de Lord Kitchener* (Martín Rodríguez 17-18; Mainer 1972). A los seis meses de su exitosa aparición, los hermanos Miguel y Emigidio Tato Amat se sumaron al apego de fantasías bélico-políticas y entregaron a la imprenta *Los sueños del Kaiser*. Sin duda en esta corriente cabe ubicar la novela *Don Quijote y tío Sam*, en especial su segunda parte, cuyo telón de fondo es un amenazante panamericanismo alentado por los Estados Unidos que en realidad encubre un renovado espíritu colonial.

Alfonso Reyes, en un artículo para el semanario *España* (21 de Febrero de 1920), mostraba su preocupación por las intenciones imperialistas de los Estados Unidos sobre México y sobre una posible invasión de su país. La revolución mexicana fue vista desde los Estados Unidos como un problema arduo y demasiado cercano a sus fronteras e intereses. Las relaciones entre ambos países no se reanudaron hasta septiembre de 1923, no sin que antes se sentaran las bases para el pago de indemnizaciones a los ciudadanos estadounidenses afectados por la Revolución. A pesar del entente, el peligro intervencionista, también de índole económica, se prolongaría hasta principios de la década de los cuarenta (Neuman). Reyes, conocido por el apodo de “el regiomontano universal”, vuelve siete días más tarde para denunciar la frialdad con que la prensa española acoge las noticias alarmantes sobre las

relaciones entre Estados Unidos y México. Y ahí vuelca sobre la mesa toda una serie de asuntos que aun hoy levantan ampollas en un rencor de lejano origen. Por ejemplo, considera que antes de hablar de una posible misión en América, España debe cortar con su mantenida actitud de altanería y orgullo, y abandonar los abominables antecedentes del “tema hispanoamericano”. Es decir, todas esas ideas de la madre y las hijas, el león y los cachorros, la divina lengua de Cervantes, los fueros de la raza y demás impertinencias de similar estilo. O lo que es lo mismo: orillar de una vez para siempre la preeminencia moral que oculta la tan traída denominación de “madre patria.” A tal fin reclama a los escritores españoles una actitud invariablemente simpática hacia las nuevas repúblicas. No sería nada difícil, a su parecer, que cada vez que las agencias transmitan la noticia de que Washington planea la conquista de México, de Santo Domingo o de Venezuela, en Madrid esas noticias se publiquen entre pronunciadas protestas y alarmas. Será señal de que España empieza a dolerse de los males hispanoamericanos, siempre que interesarse por ellos no signifique ninguna ambición imperialista. Este y no otro es el modo, para Alfonso Reyes, de resucitar una sensibilidad que nunca debió perderse (Reyes 9). También reclama con airada concisión algo de lo que nuestro Pajares es perfecto exponente: la burla habitual con que España oculta el escozor que le causa su perdida condición de metrópolis:

Pero olvidemos también la costumbre de considerar toda cuestión americana como fundamentalmente ridícula, sólo porque hasta hoy se la haya tratado generalmente con impropia ridiculez [...]. España ha salido tan escéptica del 98, que no hay manera de que confíe en sí misma. Por eso ha dado en tomarse ligeramente los asuntos que más debieran afectarle, bajo una apariencia de risa que encubre el dolor del arrepentimiento [...]. Contra el hispanoamericanismo de mala ley –mal endémico, mal incurable–, los escritores jóvenes, mejor que perder el tiempo en repetir chistes que han pasado ya millares de veces por todos los cafés de Madrid, debieran formar la conspiración del silencio. (10-11)

Este desdén español que ahidalga su relación con las antiguas colonias, que las desprecia desde un encono de raza, historia y cultura, resurge pocas páginas más adelante en este mismo número del semanario *España*. Sorprendentemente es nuestro Nicasio Pajares, quien en un artículo titulado “Los patriotas”, en su socorrido asidero de alarde y suficiencia, vuelve sobre la figura del emigrante blanco, rubio, emprendedor que se ve forzado a buscar el sustento en las selvas que alguna vez le pertenecieron. Nadie más que él convierte la inculca espesura en fértiles trigales. Tilda de “cobrizos primitivos” a sus habitantes, precipitados en su afán por arrastrarlo a la guerra y en dotarse de leyes con el único fin de persecución y masacre del hombre blanco.<sup>32</sup> No es de extrañar que voces divergentes confluyan en la misma tribuna: Alfonso Reyes y Nicasio Pajares, el censor y *lo censurado*, en el mismo periódico, misma fecha, únicamente algunas páginas de por medio.

En esta segunda parte de *Don Quijote y tío Sam*, Pajares recurre otra vez a personajes de su novela *El conquistador de los trópicos*. La acción va y viene en el tiempo. En el año 2002 Breogán Yáñez, “prole ilustre de Yáñez Quintanilla [protagonista de *El conquistador*] a bordo de su avión-cometa, llegó hasta el planeta Venus y nos trajo de allí a la maravillosa doncella Afrodita II, nuestra divinidad actual, estremeciendo al Mundo con su hazaña” (80). Y elabora una cadena de fechas, cada una relativa a episodios cruciales en la historia del mundo. En 1945, Fritz Müller y mademoiselle Mariana, emblemas de Alemania y Francia,

<sup>32</sup> Nicasio Pajares, “Los patriotas”. En *España. Semanario de la vida nacional* 252 (Madrid 28 de febr. 1920): 16-17.

contraen feliz matrimonio (82).<sup>33</sup> Es recurrente que el emblema de Alemania lleve el mismo nombre del célebre biólogo alemán que en la selva amazónica brasileña trabajara en la teoría de la evolución. También lo es que Francia quede alegorizada por Marianne, la mujer que, tocada con gorro frigio, representa “La libertad guiando al pueblo” en el famoso cuadro de Eugene Delacroix, y que hoy es consagrado símbolo de la República francesa. Es muy significativo que un país de la Triple Entente (Francia) y otro de la Triple Alianza (Alemania) establezcan alianzas políticas a través de la unión matrimonial, en sintonía con los católicos españoles Isabel y Fernando. Müller y Mariana tardan poco en hacerse con el prestigio de buenos amos de la casa y de saber higienizar el viejo solar europeo. Con la distancia del historiador de casi el siglo XXII que narra la historia, esta unión franco-alemana fructificó en décadas de tranquilidad, ciencia y arte, regreso feliz, en definitiva, a la hegemonía de la vieja cultura europea (85). Nadie negó el aplauso por su esfuerzo de eliminar de la tierra la plaga bélica. Únicamente Micer Mandolini, efigie de Italia, siguió con sus tumores nacionalistas, seguramente por verse apartada de su aliada Alemania. ¡Qué perspectiva tan distinta la del lector actual que ve en el año 1945 la fecha del final de la Segunda Guerra Mundial!

En claro remedo del diseño cervantino, la historia ahora se interrumpe inesperadamente para dar pie a un reflexivo paréntesis metaliterario. Gracias a este inciso sabemos que una *medium* es la transcriptora del relato, una especie de traductor no del pasado, como en el caso del morisco aljamiado de Cervantes, sino del futuro. Y asistimos en él a un diálogo en el que se enjuicia el libro en curso y se pronuncia un veredicto de esta segunda parte de la novela *Don Quijote y tío Sam*, obvia referencia a la crítica que el bachiller Sansón Carrasco hacía a la primera parte del *Quijote* de Cervantes. Es un diálogo entre un clasicista, un castizo, un pedante pragmatista, un señor de vanguardia, un señor al margen y un lector imparcial. A buen seguro, corrientes y actitudes literarias en la estimativa de Pajares. Juzgan los mencionados con severo rigor las revelaciones que tiene el autor Nicasio Pajares. El pedante, por ejemplo, dice que el libro “carece de la más elemental documentación política y es absurdo divagar libremente...” (91). El vanguardista llama al autor “ropavejero de la novela”. Y en evidente parodia de las demandas vanguardistas, le acusa de aprendiz de la carpintería literaria, capaz solo de extraer virtutas que deben ser quemadas. Se pregunta después, engreído, por la novela moderna, a la que se supone ‘deshumanizada’ y ‘espontánea’, al tiempo que expele una sonora ventosidad, marchamo rafez de su vanguardista altanería (92). El lector imparcial, por el contrario, afirma que si el autor no aburre, él proseguirá leyendo la historia en curso. Es toda una selección del lector que Pajares desea para su literatura.

Y la historia vuelve a transcurrir. Ante el esplendor del matrimonio franco-alemán, John Bull (el personaje creado en 1712 por John Arbuthnot para personificar a Inglaterra) vuelve a buscar la amistad del nuevo amo del oro universal, Tío Sam. Esto no significa que deje de galantear al Samuray del Pacífico (Japón) ni de alimentar al Oso blanco siberiano, ahora teñido de rojo (Rusia). Y todo porque a partir de la boda entre Mariana y von Müller la hegemonía mercantil inglesa se ve seriamente dañada. Ahora Sam es el dueño de la bolsa, y el mundo contempla con asombro el esfuerzo denodado de John Bull, en los aires, en la tierra, en el agua y bajo el agua, para reafirmar la tradicional hegemonía que irremisiblemente se le va de las manos. Esto se traduce en un frenesí bélico por parte de Inglaterra que alcanza a todos los países, incluidos el matrimonio continental y el Samuray amarillo. Pajares hace que en su obra el todopoderoso Sam logre podar una tras otra todas las ramas del frondoso árbol colonial de Bull. Perdió Inglaterra en la ensoñación política de Pajares su universal finca de cincuenta millones de kilómetros cuadrados y el apoyo de los cuatrocientos cincuenta millones de sus habitantes. Súmese para su mayor desdicha que el Samuray dejó de ayudarlo porque su vecino el Mandarín, inducido por Rusia, amenazó con su imponente mole de 400

<sup>33</sup> Las coincidencias aquí no dejan de asombrar al lector. Habrá que recordar que el 7 de mayo de 1945, el alto mando alemán se rinde en Reims, Francia, poniendo definitivo cierre a la II Guerra Mundial.

millones de cabezas, y sus 70 millones de soldados (112). Entre líneas se lee aquí una referencia al abandono por parte de Japón de su alianza militar con Inglaterra, firmada el 30 de noviembre de 1902 entre Henry Petty-FitzMaurice como representante del reino Unido y Hayashi Tadasu como representante de Japón. La validez de la alianza expiró el 17 de agosto de 1923, siete años antes del *Quijote* de Pajares.

### **Nuevo panorama internacional: España y Estados Unidos se necesitan mutuamente**

En el hogar de Quijano algunos reprochan a Sam que pretenda derrumbar “unas desmedradas y carnavalescas independencias, representadas por generales selváticos y matachines y pseudodictadores cobrizos o mulatos”. Es de reseñar que detrás de esta proliferación de dictadores alguno encuentre un quijotismo que facilita su aparición:

El constitucionalismo romántico, con su esencial confusión del ser y el querer, preparó el caudillismo bárbaro, que identificó el derecho con la voluntad personal. Mientras duró el surco de Don Quijote, nuestras tierras se vieron sembradas de grandes ideales y de prisas heroicas, pero también de gestos vanos, de trágicas exaltaciones de lo menudo, de particularismos arrogantes so pretexto de raza, de casta o de frontera, o simplemente porque nuestros pequeños quijotes no podían admitir que nadie tuviera en la doctrina dama más bella que la suya. (Jorge Mañach, 156)

Alonso Quijano cambia de opinión cuando ve claro que estas “independencias” viven del “sablazo” periódico a Sam para comer a dos carrillos y degollarse entre sí sistemática y concienzudamente. La misión colonizadora de Estados Unidos en tierras latinoamericanas recibe el apoyo decidido y visceral de este don Quijote del año 2092: “La higienización integral de Hispanoamérica fue la obra magna que Sam llevó a cabo, en forma vertiginosa, desde el último cuarto del siglo XX”.

Alonso Quijano es testigo de la firma del Pacto Compulsivo, el cual determinaba que la guerra se haría únicamente en el aire y en el fondo de los mares, aérea y submarina. “Las grandes batallas fueron, en el aire, breves; en el fondo del mar, invisibles [...]. La guerra dejó, desde entonces, ancho margen a la fantasía de escritores y poetas, de todos los artistas” (125). No ha de olvidarse que en 1915 la Alemania real declaró a los aliados la guerra submarina. No es, por tanto, de extrañar que Pajares viera como señal de futuro, de acontecimiento venidero, una guerra cuyo marco fuera en exclusividad los mares y los aires.

En este ir y venir en el futuro, llega el año de 1970, momento en el que, desde el Este, se produjo la invasión roja del Viejo Continente (125). Solo Bull, Quijano y Sam quedaron exentos. Y solo ellos se enfrentaron a la “avalancha mesocrática y sectaria, de ideología asiática”, que duró ochenta años. Cinco años antes, en 1965, España había mandado a París una embajada de artistas españoles para aliviar a Francia con su optimismo. No paró ahí esta luminosa misión diplomática, pues siguió su marcha hacia norte: “Atravesó el Canal y, ayudando la cura con chatos de dorada manzanilla, disipó la densa bruma de John Bull, quien, instantáneamente, la sintió inundada de sol, de calor optimista” (133). Continúa hacia Escandinavia, derritiendo sus hielos con la alegría española, y hacia tierras de “Müller y su afín el Magyar” (134). Pajares piensa en una España que igualmente sabe llevar alegría a una Europa que cree necesitada de luz y fiesta. Se reconoce aquí con facilidad aquella idea unamuniana de que España no debe mirar hacia Europa, antes lo contrario, es Europa la que necesita un baño profundo de españolidad. Tampoco habrá de quedar lejos el peregrinaje de Ganivet por el norte de Europa. Sánchez Barbudo insistía en esta misión ante la necesidad que el continente tenía de “calor quijotesco, calor de humanidad, calor de España” (Sánchez Barbudo 128).

Pero esta terapia que propone Pajares a base de jerez y jolgorio fue únicamente un aviso del gigantesco paso que España daría en beneficio de la paz mundial. Porque he aquí el gran sueño de Pajares: el químico Fernández, español educado en Alemania, inventa la *Castañita F.*, una poderosísima bomba “de la que sólo eran precisos 25 gramos para pulverizar desde un aeroplano la más populosa de las ciudades en tres minutos y medio”. Sin duda es una referencia al famoso invento de Manuel Daza, el *toxiro* o fuego venenoso que tendría que dar a España la victoria frente a Estados Unidos y que tantísimo revuelo provocó y que tanto aireó la prensa con entregado ánimo en un primer momento, y en un segundo con implacable saña en forma de todo tipo de chiflas y burlas. No puede negarse que el nombre “Castañita” es una chusca denominación para cualquier arma, más aún para la más destructiva. Si *toxiro* era un cultismo para aludir a ‘fuego venenoso’, Castañita es un casticismo rebajado todavía más al nivel infantil de su diminutivo. Téngase en cuenta el dato: en unos años en que también era señal del declive español la difícil búsqueda de práctica científica, la labor de un químico español hará que la entera humanidad esté bajo el yugo de España. Parece que Pajares quisiera contradecir a Américo Castro cuando afirmaba que “hay que escoger, o se tiene a Goya o se tiene la bomba atómica” (Marichal 299). Ante tanta acusación de atraso científico español, se acudía como referente constante al puñado de nombres con los que solventar complejos: Isaac Peral, Ramón y Cajal, Julio Rey... El krausista Gumersindo de Azcárate y el tradicionalista Menéndez Pelayo seguirían aquí debatiendo de la existencia o no de la ciencia española, pero ahora más en concreto de su dimensión ética, pues la broma de Pajares tiene su aquel, y no precisamente inocuo. El mundo entero se estremece con el primer ensayo de la potencia destructiva de *Castañita F.*:

Consistió en convertir en polvo gris, en noventa segundos, un poblacho pretencioso y cursi, denominado Ciudad Universitaria, construido hacía tiempo en Madrid, en el lugar que hoy ocupan los Jardines de Afrodita, con los fondos que produjo aquella famosa socialiña oficial llamada Lotería.

No es anécdota que pase desapercibida: la demolición de la ciudad universitaria para probar una nueva arma capaz de destruir en noventa segundos un buen número de facultades, escuelas y colegios mayores. En 1930, año en que Pajares escribe su *Don Quijote y Tío Sam*, la inicial Junta de la Ciudad Universitaria únicamente tenía tres años de vida. La financiación y ejecución del proyecto urbanístico recibió en la sociedad madrileña una gran resonancia. Para conseguir recursos en 1928 se estableció por real decreto la creación de una Lotería Universitaria, a la que alude Pajares, al parecer tan popular como para merecer publicidad en la prensa de la época (*La Voz* 2889 2 de abril 1930, 5).

Al final, gracias a la *Castañita F.*, Sam se vio obligado a tratar a Quijano de potencia a potencia. Y a Bull no le quedó más remedio que solicitar mansamente su amistad. Y así termina esta segunda parte, con esta triple alianza, España, Estados Unidos e Inglaterra, firmada el 2 de mayo del 2025, en la ahora “populosa metrópoli de El Toboso” (141).

Esta idea expansiva de España, por mucha guasa que esconda tras de sí, chocaría con la propuesta y la actitud de algunos que perdieron la guerra del 36, pero que de similar modo seguían pendientes de buscar en el mundo un lugar a España con visos de universalidad:

Esta necesidad española de comunicación es un hecho indudable; podrá negarse que España pueda universalizarse, salir de sí y plantar firmemente su semilla [...]; nadie podrá negar que, para no asfixiarse espiritualmente, los españoles necesitan transmitir a otros su aliento. Es, pues, fundamental para nosotros españoles, e hispanoamericanos también, saber si es posible una España, una Hispanidad, fuera de España y fuera de Hispanoamérica, a la luz mundial. Y, naturalmente, excusamos decir [...] que

no hablamos de un dominio material, político, y menos económico, sino de un contacto humano, de una comunión en algo –tal vez solo en la viva agonía, en la inquietud– que oscura, pero ciertamente, sentimos en nosotros”. (Sánchez Barbudo 128-129)

Como se viene diciendo, ciertas ideas consiguieron una permeabilidad asombrosa y alcanzaron a un vasto espectro de idearios políticos. Desde la Restauración, en la asfíxica atmósfera finisecular y de principios de siglo se inhalaba y exhalaba idénticamente cuando se trataba de ubicar el lugar de España en el mundo. No era un cerrar filas en torno a una misma defensa, sino más bien una misma raíz de orgullo que arracima cualquier mirada, cualquier actitud en torno a un esplendor español perdido, incluso desprestigiado. Y por ahí se desliza un concepto de “hispanidad” por el que se filtra, como cedazo ideológico, el ideal de un crisol que amalgama y supera fragmentarismos nacionales. Sirvió durante mucho tiempo para desmontar cualquier disidencia con la estrategia de un mismo interés por muy distinta que fuera la España que se quisiera defender. Los ejemplos no escasean. Durante la Primera Guerra Mundial, el catalán Rahola hablaba de la “Super-España”, y decía:

Es un hecho providencial el de ser nuestra raza, aquella que ha pasado siglos enteros guerreando y desangrándose, la única que conserva en estos años terribles las ventajas de la paz en el dilatado espacio que ocupa. Se diría que el destino le concede ser la depositaria de la civilización adquirida tras de largos y prolongados esfuerzos, convirtiéndola en caudal de reserva para ayudar a la restauración del mundo, deshecho y mutilado por los destrozos que habrá sufrido la generación y los pueblos condenados a la fiera lucha. (Rahola 238)

A las palabras de este famoso industrial catalán, que acabó como diputado de la Lliga Regionalista y como su portavoz en la cámara alta, se sumaría a buen seguro Pajares y un gran número de españoles desde muy variadas procedencias, aunque con una misma quimera en la mente. El origen de esta misma aspiración parte de una idea muy generalizada durante la Primera Guerra Mundial. La neutralidad del gobierno de Dato extendió por toda España la esperanza de un retroceso a las situaciones de liderazgo español. Incluso el Conde de Romanones llegó a asegurar que España aspiraba a “presidir una confederación moral de las naciones de su sangre” (Sepúlveda 111). Es evidente que existe un hispanoamericanismo español progresista y otro conservador; también que se diferencian en sus propuestas y aspiraciones. Admítase como indudable la propuesta de Sepúlveda: la pérdida de las colonias antillanas concitó un interés por el análisis del hecho diferencial español mucho más pronunciado entre el hispanismo progresista que en el conservador (Sepúlveda 124). Pero no menos cierto es que cuando se trata de asuntos como la lengua o la revisión de la memoria histórica de España en el continente, las diferencias parecen difuminarse, a veces incluso desaparecen para abrazar una misma sintonía de defensa y recuperación del prestigio perdido. Tal vez se pudiera explicar esta simbiosis ideológica a través de la ya clásica y recurrente “noción de grandeza pretérita” de José María Jover. Aunque en un principio formulada para las relaciones de España con Europa, es una noción que rebasa con creces la proyección continental y que puede abarcar otros escenarios y otras demandas de significación (José María Jover 1986, 9).

### Tercera parte de *Don Quijote y tío Sam*.

#### Nuevas fronteras. Latinoamérica desaparece y España enseña sus armas

Una nueva interrupción paraliza la trama para expresar que la *medium* está exhausta, y para revelar que, en su presente del 2092, la humanidad vive en los aires. Tras esta digresión de la vidente, se inicia la tercera y última parte de *Don Quijote y tío Sam*. El mundo conoce nuevas fronteras: la Confederación occidental de Europa, la Gran República Eslava, la Gran República Australiana... México es ya parte de Sam, que pretende hacerse a su vez con Perú, Chile, Brasil... A cambio les da asfalto. Estados Unidos ha “empezado a tomar el continente”. Manuel Ugarte lo manifestaba con una abrumadora sencillez:

Más de una vez tuve que hacer una réplica severa o que interrumpir un diálogo para no oír apreciaciones injuriosas sobre la América Latina. Nosotros éramos los salvajes, los fenómenos ridículos, los degenerados para la opinión popular [...]. Nadie ocultaba su desdén político por las “repúblicas de aventureros” que pululaban al sur de la Confederación Norteamericana. Los grandes diarios hablaban sin ambages de la necesidad de hacer sentir una “mano fuerte” en esas “madrigueras” y acabar con las asonadas y los desórdenes que interrumpían el sagrado *business* del tío Sam. Los políticos prodigaban en el Senado las más inverosímiles declaraciones, como si la Casa Blanca ejerciera realmente de jurisdicción hasta el cabo de Hornos y no tuviera la más vaga noticia de la autonomía de nuestras repúblicas. Y estaba tan cargado el ambiente, que en un gran mitin electoral, donde triunfaba en todo su esplendor el prestigio de la nueva democracia, oí, entre aplausos, afirmaciones que preparaban la frase histórica que tantos comentarios levantó después: “Hemos empezado a tomar posesión del Continente”. (Ugarte 1923, 19-20)

Se refiere Ugarte a la famosa frase de Roosevelt cuando, a raíz de la firma del tratado por el que la recién nacida república de Panamá cedía a los Estados Unidos la extensión de mil trescientos cuarenta y dos kilómetros cuadrados, o lo que es lo mismo, el canal más sus inmediaciones. Fue entonces cuando Roosevelt pronunció aquellas palabras: “Hemos empezado a tomar posesión del Continente”.

Ese sentimiento imperialista de los Estados Unidos queda plasmado en las páginas de Pajares, aunque ahora será gracias a España que consigue sus pretensiones expansionistas. Quiere esto decir que, venciendo sus últimos escrúpulos sentimentales, Quijano accede a que *Castañita F.*, su mortífera arma, sea utilizada en todas las acciones imperiales de Estados Unidos. Ya no es esa pierna ortopédica que el protagonista de su novela *El conquistador de los trópicos* maneja hábilmente a modo de arma, y con la que incluso llegará a levantar una academia para la enseñanza de tan estrambótica esgrima. El quijotismo de las armas son muy diferentes a las que denunciaba el cubano Fernando Ortiz en su ácida respuesta a Rafael Altamira:

Desbaratando a tajos y mandobles de vuestro adorable quijotismo de ideales toda esa farándula racista, pobre retablo pintarrajeado de Maese Pedro que, ese sí, siente las nostalgias del pasado colonial, retablo de la soberanía domeñada, del resquemor mal reprimido. (205)

El quijotismo de las armas de Pajares tienen un muy distinta hechura. Son armas y pertrechos de sainete, dañinas más en la sorna que destilan que en la capacidad real de herir. Como queda dicho, Ulises Yáñez Quintanilla, héroe cojitranco de la novela *El conquistador de los trópicos*, hizo famoso el golpe esgrimístico llamado “revés genital”, golpe propiciado

por la pierna de palo que le adornaba, tan efectivo en las contiendas que la creada Falange de Caballeros de la Pierna Erecta dejó a los Caballeros de la Tabla Redonda en la historia del valor personal como unas “pusilánimes vulpejas” (p. 244). El éxito empieza en una academia en Río de Janeiro y llega hasta la Cámara Federal, donde se presenta el proyecto de creación de la “reserva ortopédica, de dos divisiones de infantería” (249). En *Don Quijote y tío Sam* tenemos un arma más disuasoria que los tajos, mandobles y patadones en zona vulnerable. La España que representa Alonso Quijano tiene en sus manos el arma definitiva con la que conquistar el mundo, a modo de esas maquinaciones de los malvados de comics o de un cine de superhéroes. No produzca extrañeza esta asociación toda vez que en la recámara de la obra de Pajares se encuentra una literatura popular que en aquella época disfrutaba de su primer esplendor. El imperialismo de sal gorda y de constante baladronada habrá de reducir seriedad en beneficio de un poso humorístico permanente en la obra de Pajares. No en vano, en la lápida dedicatoria sita en la que fue su casa se dice que fue “escritor y humorista”. Si en *El conquistador de los trópicos* era una pata de palo la que servía de arma a su arrogante y trajinero protagonista, en *Don Quijote y tío Sam* “Castañita F.” es el nombre del arma definitiva. Se supone que F. sea la inicial de Fernández, el químico español inventor de la bomba, educado en Alemania, es decir, otro emigrante de armas tomar. Si “castaña” puede significar “bofetada” y “golpe”, y el aumentativo “castañazo” puede significar “puñetazo”, el diminutivo aplicado a arma tan letal es una mofa casi definitiva entre toda la cadena de burlas que conforman el relato de Pajares. Y en una mezcla de anarquismo megalómano, severa censura a la institución cultural por excelencia y suprema gamberrada, la capacidad destructiva del arma se mide pulverizando en noventa segundos la Ciudad Universitaria (135). No habría de andar lejos de las cábalas de Pajares un texto de manifiesta vocación regeneracionista, *La Voluntad* de Azorín (Varela Olea 2003, 85-86). La prueba es concluyente: el inventor Azorín da con un explosivo al que llama *Quijano*, y en que se depositan las esperanzas de una ansiada regeneración de la memoria y del nombre de España. Azorín recogía una disparatada euforia alrededor de un no menos disparatado invento: la celeberrima y pronto devaluada arma de Manuel Daza, el *toxpiro*. Muchos españoles depositaron sus esperanzas en el hallazgo repentino o el golpe de suerte. A un nivel personal, la lotería albergó ese sueño que aún permanece en el anhelo de muchos. A un nivel colectivo significaba el arma deletérea que habría de proporcionar la victoria en la guerra de Cuba y la recuperación del poderío militar español. La salvación en última instancia no estaba, por tanto, ni en manos de políticos ni de militares, sino en la iniciativa individual, llámese Alonso Quijano o doctor Fernández, y en una ciencia secularmente postergada en España. Sin duda, quimera ideada por un individualista de pro como Nicasio Pajares. En junio de 1897 Manuel Daza obtenía el apoyo del Ministerio de la Guerra para desarrollar un proyecto de torpedo con 35 kilogramos de explosivo. El plan pronto quedó paralizado a pesar de que se abrió una suscripción popular para financiar el invento de Daza. Gremios e industriales de Madrid parecían dispuestos a correr con los gastos de las pruebas experimentales. La prensa echó el resto en la creación de una enorme expectativa. En 1899, después de algunas pruebas fallidas, el semanario *El Accitano* (Guadix) publica un artículo de refutación a las opiniones contrarias al *toxpiro*, termina: “Quiera Dios que la invención de este nuevo artificio de la guerra, traiga una paz universal y sirva a nuestra hoy afligida patria para recuperar la grandeza y poderío que le arrebataron” (*El Accitano* 2). Ante el exceso de expectativa, el mismo Daza pidió cautela. En 1901 se realizaron pruebas en Carabanchel, estrepitosamente fallidas. Todo terminó, como es usual en estos casos de esperanza defraudada, en un linchamiento en forma de escarnio público y burla generalizada. Daza, a partir de entonces, desapareció en busca de un anonimato reparador.

Pero quedó en el imaginario español la esperanza de que al país le tocara la lotería de un gran invento, y muchos fantasearon con un enquistado deseo de revancha en forma de

arma milagrosa. El penalista agustino Jerónimo de Montes escribía en 1904 *El alma de don Quijote*, un lamento ultracatólico y antirrepublicano en el que un coronel César Iturralde acusa a políticos y masones de las pérdidas de Cuba y Filipinas. Como guinda de una enorme tarta imperialista y de resentimiento, el coronel se imagina que, gracias al *toxpiro* hunde toda la flota norteamericana y recupera Cuba. Los *toxpiros* españoles derrumban las casas y las gentes corren despavoridas hacia el puerto de Nueva York al tiempo que el coronel grita enrabiado: “¡A conquistar la ciudad, a conquistar los Estados Unidos para España” (Montes 265-267; véase López Navia 84-90).

### **Arbitraje mundial de la Federación Anarco-Matriarcal Ibérica**

En la obra de Pajares el panorama último es un arbitraje mundial que depende exclusivamente de la benevolencia española. *Castañita F.* es la coraza del solar del hidalgo, invulnerable en lo sucesivo. Solo la Gran Pera del Sur, la pretendida metrópoli del Sur, se muestra renuente a entrar por el aro de Sam: “Su inconmensurable y grotesca pedantería no le deja ver que oponerse a Sam es inútil” (156). Tiene aún la mentalidad, se dice, de aquel analfabeto que les gobernó a tiro limpio, el Pelado, Hipólito Yrigoyen. Tío Sam trama deportar a todos sus habitantes a Alaska, aunque Quijano le aconseja que no los expulse, que mejor los destiña, convencido de que así será mayor el escozor, sobre todo a los lectores argentinos. La homogeneidad y la blanquitud era ecuación habitual en españoles con los ojos vueltos a Buenos Aires. Blasco Ibáñez confirma que la capital argentina se distingue racialmente de otras latitudes latinoamericanas, lo que sorprende tanto al norteamericano como al europeo:

Cuéntase que al visitar Buenos Aires un hombre político de los EEUU, que realizaba un viaje por las repúblicas de Sud América [...] paseó su mirada primero con curiosidad, luego con asombro [...]. “¡Y todos son blancos! Después de hacer un relato sobre la ingenuidad y el exotismo del norteamericano, dice “mi asombro fue parecido al de ese personaje”.<sup>34</sup>

Pero, igualmente, es una limpieza étnica cultivada por el positivismo también desde orillas opuestas. Carlos Bunge, por ejemplo, lamenta lo que él llama “bárbaro mestizaje” de los soldados españoles que, a diferencia de lo que sucede con los conquistadores anglosajones del norte de América, que se mantienen aislados y puros, originan una degenerativa mezcla de estirpes y colores (Bunge 201-202). De modo que en el desarrollo de una ‘raza argentina’ las pestes, hambrunas, tisis, fiebre amarilla, cólera han resultado para Bunge un beneficioso apoyo natural para difuminar o borrar selectivamente los rasgos degenerativos de los argentinos. Y afirma resuelto que en la ciudad de Buenos Aires: “El alcoholismo, la viruela y la tuberculosis -¡benditos sean!- han diezmando a la población indígena y africana de la provincia capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos” (Bunge 303). Esos son los tintes con que clarear la raza de Carlos Octavio Bunge, distintos a los de Pajares pero con idéntica pretensión (véase Martín E. Díaz). En dirección opuesta pero con idénticas directrices raciales, nacionalistas del Centenario como Gálvez solo admitían al criollo como depositario del alma argentina, en detrimento del indígena y más aún del mulato, al que se llega a odiar (Balbás 63).

Una vuelta más de tuerca hace que *Don Quijote y tío Sam* se rinda al alucinado ingenio de Pajares, a su ensoñación más deseada de anarquista bravucón, pero ya no de afanes ultramarinos o ultramontanos, sino de tejas abajo, de corral conocido y agenda doméstica:

<sup>34</sup> Vicente Blasco Ibáñez 1910, 75. Patricia Funes 13.

De la antigua España del siglo XX, asendereada y abúlica, ya no queda ni el nombre. Nuestra casa es ahora, como se sabe, la Federación Anarco-Matriarcal Ibérica, Estado señero de los modernos tiempos. A título perpetuo y honorífico, ejerce la Presidencia don Alonso de Montiel. O, por otro nombre, Alonso Quijano, el Bueno, apodado Quijote, y la Vicepresidencia, colmado de honores, y dueño absoluto de su casa, el excelentísimo señor Fradique Junqueiro do Porto [el famoso político y poeta portugués] [...]. La Federación Anarco-Matriarcal Ibérica es [...] la más lógica para nosotros, el marco adecuado para que puedan desenvolverse íntegramente nuestras energías de recalcitrantes soñadores y frenéticos individualistas. Es decir, de incurables apolíticos [...]. Solo nos exige la prestación personal de ocho horas por semana, que podemos dedicar libremente a los trabajos agrícolas, industriales, etc. Todo el tiempo sobrante, a soñar, a volar [...]. Damos de buen grado esta prestación todos los ciudadanos hábiles de dieciocho a cincuenta años. Todos nosotros. En nuestra colmena no hay zánganos de charrasco y de sotana. Ni tampoco aquellos pulpos de la plutocracia acaparadora (163-166)

Una mente de tanta integridad política como la de José Díaz Fernández negaba categóricamente que los españoles se caracterizasen por su individualismo, excesivo y teratológico en opinión de Macías Picavea (225), y mucho menos con ese tan traído “señorío”, del que Gracián decía que era connatural a la nación española (*El Discreto II*):

No es que yo sostenga -afirmaba Díaz Fernández- la inepticia de los enemigos del colectivismo, que dicen: “Aquí no puede hacerse una revolución social, porque los españoles somos rabiosamente individualistas”. ¡Qué estupidez! Si fuésemos tan rabiosamente individualistas hubieran tenido efectividad en España las reformas liberales y el individuo habría actuado por su propio impulso imponiéndose a la organización feudalista de la vida española” (130)

Al mismo tiempo califica el apoliticismo al que dice alistarse Pajares de actitud típicamente conservadora, y, por tanto, encuentra en España una lamentable abundancia de lo que él llama el “hombre doméstico” o “neutro”, de un restricto egocentrismo que no rebasa casi nunca el pequeño círculo familiar, alejado por propia decisión de la vida pública y pendiente en exclusividad de su imperativo vital e inmediato (120). Aunque le hiciera una reseña elogiosa a su *Don Quijote y Tío Sam* en el diario *El Sol*, Díaz Fernández y su crítica del apoliticismo y la suficiencia individualista habría de chocar frontalmente con la inquina sin tapujos que Pajares declara en toda su obra a cualquier viso de colectivismo. Algo que preludia, como se podrá suponer, conflictos de una próxima guerra civil.

Por ahora, a la altura de 1930, Pajares pergeña una España futura en la que no hay charrasco (sable), sotana ni plutócratas, o dicho de otro modo, un país sin militares, curas ni ricos. Gobiernan las matronas, abnegadas y heroicas, y alternan la teta y la gobernación, cabe pensar que a la estela de *El paraíso de las mujeres* de Blasco Ibáñez (1921). Encarnar en la mujer la transformación de la sociedad fue tendencia finisecular de la literatura en ambas orillas. En Argentina Gálvez incluía en su novela *La pampa y su pasión* (1926) una *nueva mujer* emblema de la restauración de la patria. Toboso es ahora en la obra de Pajares la capital del Estado, pues Madrid había perdido su capitalidad a fines del siglo XX. Aunque Madrid representaba la centralidad también para un periférico como Pajares, cualquier eje tiene un centro sobre el que giran todas sus evoluciones axiales. El Toboso lo ocupa ahora. Madrid, “capital aborrecida” como alguien la ha denominado (Castillo Cáceres), ha sido desde hace más de cien años para el nacionalismo americano y para el nacionalismo catalán, vasco y

gallego sinónimo de núcleo centrifugo, eje de todas las parálisis e involuciones políticas. En 1899 Macías Picavea era muy claro al afirmar: “El odio negro contra España muéstrase en toda España tan definido y ostensible, que callarlo parece ya inútil y hasta perjudicial disimulo” (Macías Picavea 190). Recientemente James Fernández señala entre los débitos que España tiene con América Latina “la fundación de Madrid como ciudad capital, respuesta directa a las necesidades burocráticas y administrativas generadas por el proyecto imperial” (Fernández 113). Octavio Paz, entre cientos, alude a la ciudad como sinónimo del poder: “La Independencia fue un falso comienzo: nos liberó de Madrid, no de nuestro pasado” (Paz 21). El remedio para Pajares pasa por descapitalizar a Madrid y colocar en su lugar una aldea de origen humilde pero de enorme evocación literaria y amorosa, sede ahora de un gobierno formado únicamente por mujeres. Este es el nuevo eje sobre el que han de girar todas las Españas y el entero mundo. El que fuera villorrio de Dulcinea se planta ahora en modernísima sede del Estado, lugar por excelencia de Alonso Quijano y señal inequívoca de una triunfadora relación entre monoglosia y homogénica nacionalidad. No es la primera vez que una ciudad ficticia y utópica gira alrededor de la figura de don Quijote. En 1860 el político Antonio María Segovia ideó una ciudad cercana a El Escorial, liberal, bucólica, superadora de la división del trabajo, cuyas calles y jardines aparecen repletas de figuras escultóricas de personajes y escenas del *Quijote* (Baker 617-618). En la novela de Pajares, la antigua capital, “villa recalitrante”, ha adoptado un aire griego, donde se da cita lo más selecto de la espiritualidad universal. Representa ahora una pujanza renovada y cosmopolita al verse libre de sus marcas más infamantes. Lo que era la antigua Casa de Campo es en la actualidad un espléndido museo. En sus fondos hay un busto dedicado a Juan Gualberto Nessi, en cuyo basamento reza, en letras de oro, una significativa inscripción: “Al impercedero autor de *El pedigree*. Nuestro amado precursor”. Juan Gualberto Nessi era el seudónimo de Ricardo Baroja y su obra de teatro *El pedigree* fue una de las más curiosas muestras de ciencia ficción española. Esto no podrá significar otra cosa sino clarísima conciencia del género literario al que Nicasio Pajares desea adscribir su *Don Quijote y tío Sam*, al de lo por venir, como se solía decir. Hay que recordar que *El pedigree* se desarrolla en un mundo en el que ya no hay sentimientos, amor, patriotismo, religiones, industria, literatura o dinero. Las personas envejecen muy lentamente y todos se dedican a la ciencia y al estudio. En este mundo sin literatura se critica sus perniciosos efectos en la antigua Europa, y se considera el *Quijote* la raíz de la destrucción material y moral de España, acusación conocida por demás. En esta lista de culpables también caben Tolstoi, el *Robinson Crusoe*, Dostoievski, los evangelios y la literatura francesa (Durán López 34; véase Martín Rodríguez 13-14). En ese mundo futuro los mejores especímenes humanos son elegidos para la procreación. Las procreadoras se retiran durante un mes con el hombre seleccionado, y transcurrido este mes de celo, el deseo sexual desaparece completamente. Por eso las matronas de la federación anarco-ibérica reconocen en Juan Gualberto Nessi /Ricardo Baroja su “amado precursor”. Este es *El pedigree* homenajead.

### **La quijetización del mundo.**

#### **Cervantes precursor de la imaginación calenturienta**

Vienen de lejos estos ensueños anarquizantes. Ya en su primera novela, *El conquistador de los trópicos*, su héroe Ulises Yáñez Quintanilla deseaba lanzarse a la conquista militar de los trópicos y afianzar en ellos una organización social nueva: la anarquía feudal. Subsistiría el derecho medieval de pernada, que el Gran Anarca de los Trópicos ejercería exclusivamente. Solo las ambiciones jugarían en la noble emulación de las conquistas del espíritu. La alimentación sería química, y el frío artificial. Las leyes desaparecerían, y libres y abundantes serían los placeres. Se establecería un metódico sistema

exogámico: “Escogidos reproductores” europeos tendrían la trascendental misión de ir destiñendo, a lo largo de las edades, el betún pertinaz de los indígenas tropicales y de robustecer su depauperada fisiología” (108) El darwinismo social había puesto muy de moda la eugenesia a finales de siglo XIX. Con absoluta nitidez se puede trazar una línea que recorra el positivismo, el racismo y la eugenesia, muy en la línea de biologismo del conde de Gobineau, de Taine y de Gustave Le Bon. Lo curioso, y lo más adecuado para entender a Pajares, es la adopción de la filosofía eugenésica por parte de ciertos sectores de la cultura anarquista (Navarro Navarro 96 y ss.). Todo, en realidad, pasaba por la evolución de las especies. No en vano, el gran formulador de la eugenesia fue Francis Galton (1822-1911), primo de Charles Darwin. La de Pajares es la anarquía feudal de los trópicos, una “nación de hombres soñadores”, igual que Federación Anarco-Matriarcal Ibérica, pero ahora, en el preponderante solar de don Quijote, sin ese obsesivo y atosigante ultraje racial.

También hay que recordar que desde sectores conservadores vinculados a la llamada *Generación del Centenario* se veía en la mujer inmigrante el progresivo deterioro que se estaba apoderando de Buenos Aires:

La mujer inmigrante de clase baja de la Europa del sur llegó a convertirse en el símbolo del fracaso de aquel ideal civilizador [el propuesto por la generación de 1910]. A ella se le adjudicaba la responsabilidad de los males sociales [...]. La actividad anarco sindical de algunas atrevidas que desafiaban las buenas costumbres, eran los signos más evidentes de la degradación de la figura femenina que deberían ser erradicados. (Lionetti 243)

Tenemos, por tanto, que en un lugar de esa Europa del sur, lugar de emigración, la mujer en Pajares es la encargada de depurar la raza, mejorar el espécimen y de sentar las bases biológicas de un ordenamiento anarquista alejado por completo de cualquier reminiscencia burguesa y patriarcal. Buenos Aires, claro, quedaba como una “Gran Pera” aislada en un narcisismo destructivo, y sus habitantes supeditados a Tío Sam, que los deportará sin excepción a Alaska o los desteñirá por métodos ajenos a la generosa y depuradora naturaleza de las mujeres.

Otra mujer decisiva, nuestra *medium*, la mediadora espiritual de *Don Quijote y tío Sam*, vuelve a callar durante unos minutos. Da la impresión de que el historiador va a detener su relato, y una voz anónima se atiene a parecida sospecha: “¡Nos ha fastidiado este buen anarcomatriarcal! ¡Nos deja en lo mejor!” Teme que la historia degenera “en uno de esos latazos de novela suramericana del Río de la Plata” (174). Al fin se reanuda para poner feliz colofón al gran éxito internacional de España. Prueba de ello es que Alonso Quijano se extasía al ver cumplido su ideal justiciero repartido por todo el Mundo (176). No tiene bastante y sueña en nuevas aventuras siderales. Cita otra vez a sus viejos amigos, ya reconciliados para siempre. Llega don Xaume, trajeado de artista aunque siempre latente su idiosincrasia de comerciante (177). Farruco del Agro se presenta como un lord: “Su vestimenta no es [...] aquella mísera y haraposa de feudalismo frailuno y caciquil que malcubría sus huesos en el siglo XIX”. Maolillo de Triana, “¡oh sorpresa!”, luce en traje de mecánico. “Bebe menos y come más”, ha abandonado el gazpacho y se ha metido con la carne. “Ha dejado de ser, por fin, el famélico comparsa de su opulenta, ociosa y estulta aristocracia; de sus jolgorios taurinos, novilladas, becerradas [...]” (179). También Iñasi muestra un notable cambio. Todos han prosperado económicamente en unos años en que “las naciones sienten la necesidad de buscar en mercados ultramarinos el equilibrio de su balanza comercial” (Ugarte 1923, 412). Les explica Alonso que vuelve a reunirlos para enseñar a leer y a escribir a los indígenas del Nuevo Continente. Ahora se trata de escritura. La lengua oral, “el imperio del tuntún”, como la definiera Amado Alonso, queda eludida en su nueva empresa

(Alonso 1935, 54). Borges había puesto especial acento en la defensa de la oralidad, del *decir* criollo, “la heterogénea lengua vernácula de la charla porteña” (Bordelois y Ángela Di Tullio 2002). Recuérdese que identificaba Gramática con sucedáneo español de la Inquisición. (“Una sentencia del Quijote”, 65). Oralidad que en *Don Quijote y Tío Sam* queda en un silencio total: ya no importa lo que hablen en aquellos lares. Quedan los argentinos aislados en su narcisismo destructivo, y sus habitantes, supeditados a Tío Sam, en riesgo de ser deportados sin excepción a la fría y solitaria Alaska. Para Pajares enseñar escritura es un mero asunto de “negra honrilla”. Entre manos una nueva misión de catequesis, aunque esta vez de la norma escrita, aquella que con sangre entra. Como decía el ensayista cubano Jorge Mañach, “el quijetismo providencialista, que humilla a la sociedad arrogándose su redención y asumiendo toda su justicia” (Mañach 161). Sam ya no es obstáculo, pues en ese 2092 es discípulo suyo. Estados Unidos no tiene más remedio que aceptar la quijetización del mundo. Seiscientos años después de Cristóbal Colón, España vuelve a conquistar América, y de nuevo se erige en el amo y señor del completo orbe, rendido a su poderío militar, artístico, ético, espiritual... Saldrán ahora en un nuevo modelo de Clavileño, como siempre de Palos de Moguer. Si antes veíamos detrás de *Castañita F.* la evidente alusión al *toxiro* de Manuel Daza, en este nuevo modelo de Clavileño se percibe la sombra del viaje del comandante Ramón Franco en el hidroavión “Plus Ultra” y los intentos de Isaac Peral por culminar su invento submarino. En 1926 el “Plus Ultra” parte de Palos de la Frontera, realizando por primera vez un vuelo entre España y América, Buenos Aires en concreto. El día 10 de febrero fue recibido entre gritos de exaltada emoción nacionalista. Carlos Gardel, en su tango “La gloria del águila”, cantaba a esta nueva carabela colombina y declaraba su amor a la madre patria.<sup>35</sup> Por su parte, Cánovas veía en Isaac Peral un don Quijote sugestionado por la novela de Julio Verne sobre el capitán Nemo. Y entre tanta expectación nacional hubo quien vio en el submarino un arma capaz de hacer que España reconquistara el mundo (Álvarez Junco 576-577). Como nuestro Alonso Quijano, que ahora decide enviar al gallego don Farruco al extremo Sur, a Argentina, para que se desquite de los que “se han hartado de escarnecerle y vilipendiarle” (182). Dispuestos a partir, caen en la cuenta de que falta Sancho, ausente en toda la novela. Vive en Pekín. Las onzas del duque, a interés compuesto desde el siglo XVII, le han enriquecido. Ha puesto en Asia un millar de castizas fondas españolas (184). Y ha conseguido desterrar de allí el arroz con palillos. Sancho ha seguido en contacto con Alonso Quijano por carta, pues ahora ya conoce las letras y sus reglas. Y llega, a la velocidad de la luz, en su avioneta Sanchica. Su antiguo amo le necesita para que repita en el Nuevo Continente la proeza culinaria que ha llevado a cabo en Asia (185). El nuevo orden exige anular el mayor número de rasgos que identifiquen a una cultura, a una civilización. Solo hay sitio para España. A cambio de ese exterminio de hábitos alimenticios, le promete Alonso Quijano a Sancho la ínsula, la Perla del Caribe (186). La historia, ahora sí de una vez por todas, camina hacia su fin:

Sube Clavileño hasta las nubes. Se remonta bien alto [...]. Y parte, al fin, para la Nueva Conquista de América, volando a una velocidad sólo igualada por la imaginación fantástica, por la ‘imaginación calenturienta’, como decían nuestros insignes maestros, los folletinistas del siglo XIX, y su glorioso precursor, Miguel de Cervantes Saavedra. Madrid, octubre, 1929.

<sup>35</sup> Miguel España. *El vuelo España-América: reconquista de los pueblos iberoamericanos hecha por el "Plus Ultra" ; historia completa y documentada del vuelo y sus trascendentales consecuencias, desde su origen hasta su finalización, escrita y recopilada.* Madrid: Imprenta Ciudad Lineal, 1926.

Ante nosotros un caprichoso y fantástico entramado, una empecinada reconquista a manos de un don Quijote venido a caballero político, imperialista y megalómano. Es extremadamente significativo que en esa misma fecha, octubre de 1929, el polígrafo cubano Manuel Márquez Sterling comentaba:

Empecinarse en reconquistar era tanto como retroceder en literatura a los libros de caballería; traicionar a D. Quijote y a Sancho con Amadís y Galaor; a la sin par Dulcinea con la tiernísima Oriana; a D. Miguel de Cervantes Saavedra con el virtuoso Garci Ordóñez de Montalvo. España en acecho desde sus castillos de Cuba para caer sobre Hispano América y ajustarle la oprobiosa cadena colonial, es una fantasía diplomática propia del ambiente de recelo de la época. (Márquez Sterling 67)

### **La unidad como principio y fin. Confluencia de derroteros**

Pero antes de poner punto y final a esta fantasía habrá que volver sobre algo ya expuesto previamente. Ese universal manchego tanto en el siglo XVII como en el XXI, es quien posibilita que España vuelva a desconocer fronteras en sus dominios. Y todo en defensa de un castellano que vehicula su preeminencia en el mundo y la feliz unidad nacional de sus comarcas. Es la apoteosis última de todas las Españas en una unánime reconquista de América, cuando el resto del planeta ya es de su plena posesión (177). La mejor manera de llegar a acuerdos no es mediante la conquista de la patria, sino surcando al mismo tiempo historia y mar, reconquistando lo que propició el desastre del 98. Sí hay, pues, santo y seña que una a las Españas (Juliá 68). La obra de Pajares termina en el 2092, seiscientos años después de Cristóbal Colón. Aquí hay paño del que cortar. En 1930, fecha del libro de Pajares, falta muy poco para que Giménez Caballero formule su teoría general sobre el fascismo (1933). En sus páginas, colmadas de una vehemencia de tribuno exaltado, Giménez Caballero acusaba a la Edad Moderna de la gran catástrofe romana. Todo marchó bien mientras Roma supo armonizar las antitéticas pretensiones de Autoridad y Libertad. Pero desde el momento en que esta última se insurrecciona, y los pueblos y sus individuos exigen autonomía e independencia, el sentido de unidad se derrumba en avalancha, sea en suelo local o en colonial. España debe recuperar la iniciativa y combatir por dos incitantes: la unidad interior, liquidada tras siglos de lenta descomposición, y la expansión de esa unidad en el mundo, al servicio de ideales de carácter universal (Giménez Caballero 174-176). Dicho de otro modo: una “unidad de destino en lo universal”, como reza el segundo de los “puntos iniciales” de Falange, pero también como decía Ortega aunque sin la coda final de “lo universal”, o como ya antes había dicho Menéndez Pidal. ¿Cómo encaramos tan comprometida coincidencia en vidas tan discordes? ¿Puede un fascista de libro comulgar con un socializante y anarquizante Pajares? Aquí se cruzan distintas corrientes en un mismo mar de ideas. Alguien que sufrió en carne propia el menosprecio del que llega a lugar lejano y arisco, emigrante de tierra pero no de casta y cultura, alguien que sintió como propia la vergüenza de una España miserable en su pasado, sórdida en su presente y hostil en su porvenir, como igualmente decía Ortega, alguien que desde su Galicia natal se siente en desigual aprecio y valor en cotejo con otras regiones de España, que reclaman prestigio, poder y prerrogativas, ese alguien coincide en sus requerimientos y deseos con otras voces con las que a buen seguro habría de combatir en la palestra literaria y en el cuerpo a cuerpo. Es casualidad no extraña en tiempos convulsos, pero sí lo es cuando pasados los años el lector da constancia de su existencia. En cualquier caso, esto nos remite a que desde distintas banderías se abrigan ideas con similares formulaciones. Unos cuantos años después de la guerra civil, Sánchez Barbudo comenta desde México su visión del conflicto de las dos Españas y su enfrentamiento bélico. Llama fantasmones a los seguidores del llamado Movimiento

Nacional “con camisa azul de neosocialista o simplemente con la boina roja de la intransigencia cerril”. Si bien esos fantasmones no representan a España, a menudo coinciden con sus antagonistas en el grito de combate y en las metas señaladas para el futuro. Sánchez Barbudo piensa en concreto en el libro *Idea de la Hispanidad* de García Morente, escrito a favor del bando tradicionalista, pero con cierto poso de nacionalismo al que se adscribe sin tibiezas Sánchez Barbudo:

Para él [para García Morente], España en la guerra (y obsérvese que también él dice “España”, aunque piense sólo en un bando) “ocupa el centro y constituye el eje de la historia universal”. Afirmación ésta españolísima –una ilusión tal vez- que compartimos, aunque por otros motivos, por motivos en cierto modo opuestos a los que Morente señala. Mas ¿no nace del mismo fondo oscuro de nuestra alma española esta afirmación, este férvido deseo de que España sea única y salvadora, justamente el eje de la historia y el centro de todo? Necedad tal vez, pero necedad colectiva, necedad en que caen tradicionalistas y revolucionarios. Y quizás a ninguno de los hombres de los dos bandos, cuando se detienen a escuchar la escondida voz que suena dentro de sí, les falte razón para ser necios de ese modo”. (219)

España redentora, única y exclusiva, abierta a recibir los parabienes de su labor mesiánica. Eje de la historia y centro de todo. Este orgullo de raíz imperial termina por matizar y aun por anular diferencias que a simple vista parecen insalvables. Pero hay otra corriente política que encuadra más y mejor con lo que Pajares esconde en su sátira enloquecida.

En 1910 la monarquía portuguesa caía sin ningún estruendo y España veía entonces emerger un soterrado imperialismo que desde el 98 vivía sus horas más bajas. En aquel principio de siglo el regeneracionismo era también un caldo de cultivo para expansionismos con trazas iberistas, pero al mismo tiempo era bálsamo para restañar antiguas heridas e intentar dar aire nuevo al viejo colonialismo español. En esa amalgama circunstancial, en el mismo corazón de sus fracasos, palpitan las razas, las almas nacionales, las pujas entre centro y periferias, el rechazo catalán del asimilismo castellano, las supremacías de las lenguas, la emigración y el americanismo, el orgullo herido y la irrelevancia en el concierto internacional, la crisis generalizada, el lugar de cada pueblo en la historia, lejana y reciente..., en fin, un varillaje de cuestiones que giran sobre el mismo núcleo axial: España perdida en su particularidad y en su relación con un mundo que parecía negarle valor, presencia, cometido.... Conservadores, monárquicos, republicanos, nacionalistas, anarquistas..., todos hicieron del iberismo si no una causa común, sí al menos una causa que diera razón a un proyecto político y económico, de autoestima cultural.

*Alma de España* tituló el marqués de Dos Fuentes su deseo de agrupar a los pueblos ibéricos, América y el Magreb entre ellos. “Reconstitución”, “Patria Mayor”, “Gran España”... ese era el vocabulario usual de los expansionistas, y también de aquellos que, como Vicente Gay, disimulaban su imperialismo violento alistándose al sueño de una Federación Ibérica. Iberistas como Sánchez de Toca, Altamira o Zurano Muñoz nunca renunciaron a que América fuera parte integral de esa nada inocente fraternidad. Incluso el catalanismo conservador de la *Lliga* pretendía aminorar el poder de los Estados Unidos mediante una *Espanya Gran* que contuviera en sus fronteras a Iberoamérica. Súmese a lo dicho el que estamos en años en que el americanismo se vio alentado por una fuerte emigración a sus puertos y ciudades. En 1913 en Argentina ingresan 365.000 emigrantes. Un año después el Tercer Censo Nacional argentino establece que el 30% de la población es extranjero (Ugarte 1978, 391). Sin embargo, el emigrante Pajares no halla en el éxodo ese anhelo de un iberismo desarrollado, proyectado felizmente en América. Tampoco el gallego

Pajares comprueba que sea solución a los problemas de la patria chica ni vía para consensos nacionales. A mayor *inri*, su país no ocupa lugar en ese reparto de poderes de la Europa que abre trincheras pero al mismo tiempo mantiene poder y crédito. Y por ahí escuece lo que uno es, gallego, emigrante, español ...

El golpe de Primo de Rivera no supo y no pudo mitigar el abatimiento de España tras una guerra de la que salió derrotada sin participar. El iberismo, muy afín siempre a cualquier abrazo internacionalista, busca en aquellos años de dictadura afinidades con el anarquista más opuesto al dictador. Allí se configura un nuevo alcance ideológico para los que han buscado en el iberismo una auténtica fuerza de choque. La culminación se produce en 1927, fecha en que se funda la Federación Anarquista Ibérica (FAI). No habría de andar muy lejos de esta fundación nuestro Nicasio Pajares.

Este es el encuadre final. Han pasado seiscientos años desde Colón. España es poderosa. Europa se rinde a sus pies, el mundo entero, incluso el opulento Tío Sam, sumiso por necesidad e incapaz de viejas proclamas de guerra al estilo de “Remember the Maine, to Hell with Spain!” Así las cosas, ¿qué mejor que, seiscientos años después, zarpar nuevamente desde Palos de Moguer para poner en tierra americana todas las picas habidas y por haber, raciales, lingüísticas, cualesquiera que quepan en una mente vengativa? ¿Acaso hay mayor victoria que un ibérico de añosa hidalguía, ufano, genial, loco, emblema de un *nosotros* que alcanza su pleno sentido en la defensa de la lengua castellana, sea el emprendedor que haga del orbe inmenso el hogar de sus deseos? ¿No es esto querer poner a cada uno en su sitio soñado, y por cada uno ha de entenderse al que fue unas veces rival, otras obstáculo, en un sitio que es sinónimo de castigo, casi infantil rabieta, revancha libresca para gigantes que no son molinos de viento? Ya hemos visto anteriormente analogías políticas entre quienes en principio en nada concuerdan, excepto en un final al que se accede por vías distintas. Pajares dispone sus últimas líneas para que su extravagante Alonso Quijano dé el definitivo paso en ese asunto de negra honrilla que le tiene a mal traer: propone a sus comarcanos que la buena España, una vez más, regrese a América con ánimo sosegado, puesta la mira solo en el amparo de un lengua de la que ni pudieron ni supieron independizarse. Unidad en lo propio y dominio en lo ajeno. Lo curioso es que a tan concluyente solución se llegue por caminos tan distintos. Quiso Nicasio Pajares a través del suyo hacer de *Don Quijote y tío Sam* un libro de moralejas, sencillas moralejas para una cicatriz de difícil encarnadura.

**Obras citadas**

- Abad Faciolince, Héctor. "La vanidad de las lenguas". *El País. Babelia* 1142 (12 de octubre de 2013): 8.
- El Accitano. Periódico Literario y de intereses generales*. Año IX, 390 (24 de abril, 1899): 1-2.
- Alemaný Bay, Carmen. "América en el imaginario español y, por ende, europeo (siglo XX)". En Carmen Alemaný Bay y Beatriz Aracil Varón eds. *América en el imaginario europeo: estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. 141-162.
- . "Nacionalismo y vanguardia a propósito de la polémica *Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica*". En Carmen de Mora Valcárcel y Alfonso García Morales, eds. *Viajeros, diplomáticos y exiliados: Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*. II, 319-332.
- . *La polémica de meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927): estudios y textos*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1998.
- , y Beatriz Aracil Varón eds. *América en el imaginario europeo: estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. San Vicente del Raspeig: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2009.
- Alonso, Amado. *La Argentina y la nivelación del idioma*. Buenos Aires: Institución Cultural Española, 1943.
- . *El problema de la lengua en América*. Madrid: Espasa Calpe, 1935.
- Altamira, Rafael. *España y el programa americanista*. Madrid: Editorial América, 1917.
- Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.
- Araquistáin, Luis. "La lucha por el idioma. Cervantes, emperador". *España*. Año II, 82 (17 de agosto, 1916): 8.
- Arnoux y Bein, comps. *Prácticas y Representaciones del Lenguaje*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Ayala, María de los Ángeles, José María Ferri Coll y Eva María Valero Juan eds. *El modo de mirar: estudios sobre Rafael Altamira*. Vigo: Pontevedra: Academia del Hispanismo, 2012.
- Azaña, Manuel. *¡Todavía el 98! El "Idearium" de Ganivet. Tres generaciones del Ateneo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- Baker, Edward. "La cultura conmemorativa". En José Álvarez Junco coord. *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*. Barcelona: Crítica/Marcial Pons, 2013. 565-653.
- Barcia Trelles, Augusto. "Intento de revaluación. La cultura hispánica". *Revista de América* 29 (mayo 1947): 212-217.
- Bello, Andrés. *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Edaf, 1982.
- Biagini, Hugo. *Filosofía Americana e identidad*. Buenos Aires: Eudeba, 1989.
- . *Lucha de ideas en nuestra América*. Buenos Aires: Leviatán, 2000.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *Argentina y sus grandezas*. Madrid: Editora Española-Americana, 1910.
- Bordelois, Yvonne. *El país que nos habla*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2011.
- , y Ángela Di Tullio. "El idioma de los Argentinos: Cultura y Discriminación". *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura* 6 (2002).
- Borges, Jorge Luis. "A un meridiano encontrado en una fiamblera". *Textos recobrados (1919-1929)*. 305.
- . "Las alarmas del doctor Américo Castro". *Otras Inquisiciones*. Madrid: Alianza Emece, 1976. 35-40.

- . *El informe de Brodie*. Madrid: Alianza / Emecé, 1970.
- . "Sobre el meridiano de una Gaceta". *Martín Fierro* (segunda época) 42 (10 de junio-10 de julio 1927). [Luego en Jorge Luis Borges. *Textos recuperados (1919-1929)*. 303-304].
- . *Textos recuperados (1919-1929)*. Barcelona: Emecé Editores, 1997.
- . *Textos recuperados (1931-1955)*. Barcelona: Emecé Editores, 2002.
- . "Una sentencia del *Quijote*". En *Textos recuperados (1931-1955)*. 62-65.
- , y Carlos Mastronardi. "A un meridiano encontrado en una fiamblera". En *Textos recuperados (1919-1929)*. 305-306.
- Bunge, Carlos. *Nuestra América* (1903). El Libro Total. <http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3673,3785,1,1,3673>. 201-202.
- Castillo Cáceres, Fernando. *Capital aborrecida. La aversión hacia Madrid en la literatura y la sociedad del 98 a la posguerra*. Madrid: Polifemo, 2010.
- Castro, Américo. *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus, 1961.
- . "*Español*", palabra extranjera: razones y motivos. Madrid: Taurus, 1970.
- . *Origen, ser y existir de los españoles*. Madrid: Taurus, 1959.
- . *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires: Losada, 1941 [2ª ed. Madrid: Taurus, 1960].
- . "La vigente pseudohistoriografía". En "*Español*", palabra extranjera: razones y motivos. 23-38.
- Cela, Camilo José. "Nicasio Pajares" *ABC* (31 de enero 1999): 15.
- Cerdá, Elías. *Don Quijote en la guerra. Fantasía que pudo ser historia*. Madrid: Yagüe editor, 1915.
- Cifuentes, Luis y Brad Epps. *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.
- Cirici Ventalló, Domingo. *El secreto de Lord Kitchener. Fantasía sobre la guerra europea*. Madrid: Impr. de *El Correo Español*, 1914.
- Colombi, Beatriz. "Redes intelectuales entre España y Argentina: 1914-1939". En Carmen de Mora Valcárcel y Alfonso García Morales eds. *Viajeros, diplomáticos y exiliados: Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*. II, 207-216.
- Cuervo, Rufino José. *Disquisiciones sobre Filología Castellana*. Bogotá: Instituto Caro Cuervo, 1950.
- Darío, Rubén. "El triunfo de Calibán". En Sonia Mattalía. *Modernidad y fin de siglo en Hispanoamérica*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996. 179-182.
- Di Tullio, A. "Borges vs. Castro: una cuestión de nacionalismos e instituciones". *Filología* 34-35 (2002-2003): 21-40.
- Díaz Fernández, José. *El Sol* 4067 (24 de agosto 1930): 3.
- . *El nuevo romanticismo. Polémica de arte, política y literatura*. José Manuel López de Abadía ed. Madrid: José Esteban editor, 1985.
- Díaz, Martín E. "Racismo y otredad en el positivismo argentino. Algunas notas sobre Carlos Bunge y José Ingenieros". *Revista de epistemología y Ciencias Humanas* 4 (2012): 54-70.
- Domingo Acebrón, María Dolores. *Rafael María de Labra. Cuba, Puerto Rico, Las Filipinas, Europa y Marruecos, en la España del sexenio democrático y la Restauración (1871-1918)*. Madrid: CSIC, 2006.
- Durán López, Fernando. "El Pedigree de Ricardo Baroja: teatro de ciencia ficción en España." *Draco* 5-6 (1993-1994): 33-56.
- Fernández, Alejandro. *Un "mercado étnico" en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*. Madrid: CSIC, 2004.

- Fernández, James D. “Las Américas de don Américo: Castro entre imperios”. En *Brevísima relación de la construcción de España y otros ensayos transatlánticos*. Madrid: Polifemo, 2013. 99-114.
- Fernández, Teodosio. “España y la cultura hispanoamericana tras el 98”. En Lourdes Royano ed. *Fuera del olvido: los escritores hispanoamericanos frente a 1898*. Santander: Universidad de Cantabria, 2000. 11-31.
- . “El *Quijote* en Hispanoamérica: Lecturas de Borges”. *Edad de Oro XXV* (2006): 181-200.
- Ferragut, Juan. “Glosas literarias. *El conquistador de los trópicos*”. *Mundo gráfico* 685 (17 dic. 1924): 3.
- Ferreira de Cassone, Florencia. “Boedo y Florida en las páginas de Los Pensadores”. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* 25 (2008): 11-74.
- Frank, Waldo. *América Hispana*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1937.
- . *Redescubrimiento de América. Una introducción a una filosofía de la vida americana*. Santiago de Chile: Zig-Zag S.A., 1942.
- Funes, Patricia. “Imágenes de la nacionalidad. Centenarios de la independencia en contrapunto: Argentina-Uruguay, 1910-1930”. *Anais Electronicos do III Encontro de ANPHLAC*. Sao Paulo, 1998. 1-23.
- García Pérez. “Entre el *imperialismo pacífico* y la idea de *fraternidad hispanoamericana*: algunas reflexiones sobre la imagen de América Latina en la España de fines del siglo XIX”. En Leopoldo Zea y Mario Magallón comp. *1989 ¿desastre o reconciliación?* México: F.C.E., 2000. 101-120.
- García Jambrina, Luis. “La(s) novela(s) de Nicasio Pajares”. *ABC* (28 de agosto de 2000): 11.
- Giménez Caballero, Ernesto. *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa*. Madrid: Ed. de la Gaceta Literaria, 1933.
- González Blanco, Edmundo. *Iberismo y Germanismo. España ante el conflicto europeo. Tres estudios*. Valencia: Editorial Cervantes y Buenos Aires: Editorial Tor, 1917.
- González Calleja, Eduardo. “El hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946)”. *Hispania. Revista Española de Historia LXVII*, 226 (2007): 599-642.
- González Cuevas, Pedro Carlos. *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- Granados, Aimer. *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005.
- Guiance, Ariel. “La historiografía española y el medievalismo americano: Sánchez Albornoz, Américo Castro y la construcción de la identidad nacional a través de la Edad Media”. En Ariel Guiance dir. *La influencia de la historiografía española en la producción americana*, 25-58.
- . dir. *La influencia de la historiografía española en la producción americana*. Valladolid / Madrid: Instituto Universitario de Historia Simancas / Marcial Pons / Universidad de Valladolid. 2011.
- Hobsbawm, Eric J. *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992 [traducción de Jordi Beltrán, Barcelona: Crítica, 2000].
- Ingenieros, José. *La cultura filosófica de España*. 2000. [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)
- Jover Zamora, José M<sup>a</sup>. “Introducción: Después del 98. Horizonte Internacional de la España de Alfonso XII”. En *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXXVIII. Vol. I. De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra 1902-1922*. Madrid: Espasa Calpe, 1995
- . “La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su

- entendimiento". *Revista de Occidente* 57 (1986): 5-42 [luego recogido en *España en la Política Internacional. Siglos XVIII-XX*. Madrid: Marcial Pons, 1999].
- Juan-Navarro, Santiago. "Una sola fe en una sola lengua: La Hispanidad como coartada ideológica en el pensamiento reaccionario español". *Hispania: A Journal Devoted to the Teaching of Spanish and Portuguese* 89.2 (2006): 392-399.
- Juliá, Santos. *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004.
- Labanyi, Jo. "Nation, Narration, Naturalization: A Barthesian Critique of the 1989 Generation". En Mark I. Millington and Paul Julian Smith eds. *New Hispanisms: Literature, Culture, Theory. Series: Ottawa Hispanic Studies* 15. Ottawa: Dovehouse, 1994. 127-149
- Lence J. R. *Memorias de un periodista*. Buenos Aires: Centro Difusor del Libro, 1945
- Lionetti, Lucía. "Ciudadanas útiles para la patria. La educación de las *Hijas del pueblo*. Argentina (1884-1916)". *The Americas* 58.2 (2001): 221-260.
- López García, María. "Discusión sobre la lengua nacional en Argentina: repercusiones en el debate y repercusiones en la actualidad". *Revista de Investigación Lingüística* 12 (2009): 375-397.
- López Navia, Alfonso. *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert. 2005.
- Macías Picavea, Ricardo. *El problema nacional*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1996.
- Maeztu, Ramiro de. *Hacia otra España*. Bilbao: Imprenta de Andrés P. Cardenal, 1899.
- Mainer, José Carlos. "Algunos datos de la aliadofilia en Cataluña". En *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1972. 165-170
- . *La doma de la quimera (Ensayos sobre el nacionalismo y cultura en España)*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 1988.
- Malamud, C. "El espejo quebrado: la imagen de España en América: de la Independencia a la transición democrática". *Revista de Occidente* 131 (1992). 180-198.
- Mañach Jorge. *Examen del quijotismo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1950 [Reedición *Obras. V. Examen del quijotismo*. Tarancón (Cuenca): Editorial del Trópico, 1997].
- Marichal, Juan. *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid: Taurus, 1995.
- Márquez Sterling, Manuel. *Discursos leídos en la recepción pública del Sr. Manuel Márquez Sterling, la noche del 24 de octubre de 1929*. La Habana: Imprenta el siglo XX, 1929.
- Martín Rodríguez, Mariano. "Science Fiction as Mainstream Literature: the Spanish Scientific Romance and its Reception Before the 1936 Spanish Civil War". *Lefcau* (16 de febrero 1912) [2 partes] <http://www.ufjf.br/lefcav/2012/02/16/science-fiction-as-mainstream-literature-part-1/>
- Mattalía, Sonia. *Modernidad y fin de siglo en Hispanoamérica*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996.
- Menéndez Pidal, Ramón. "La unidad del idioma". *Castilla. La tradición. El idioma*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina, 1945. 171-218.
- Montes, P. Jerónimo. *El alma de don Quijote*: El Escorial: Ediciones El Buen Consejo, 1963.
- Mora Valcárcel, Carmen de, y Alfonso García Morales, eds. *Viajeros, diplomáticos y exiliados: Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*. Bruxelles: Peter Lang, 2012. 2 vols.
- Navarro Navarro, Francisco Javier. "El Paraíso de la razón". *La revista estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1997.

- Neuman, Martha Strauss. "Relaciones entre México y los Estados Unidos: 1921". En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 10 (1986): 177-198.
- Núñez Seixas, Xosé M. "Sobre idioma e identidades colectivas entre os galegos de Bos Aires (1890-1940)" En Xesús Balboa López, Herminia Pernas Oroza, eds. *Entre nós. Estudos de arte, xeografía e historia en Homenaxe ó Profesor Xosé Manuel Pose Antelo*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2001. 679-704.
- Núñez Seixas y Ruy Farías, Xosé M., "Las autobiografías de los inmigrantes gallegos en la Argentina (1860-2000)". *Migraciones y Exilios* 11 (2010): 57-80.
- Ortega, Julio. "El español atlántico". *El País*, "Babelia" 1142 (12 de octubre 2013): 2.
- Ortiz, Fernando. *La reconquista de América*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, s.f. [1911].
- Pabón, Jesús. *El 98, acontecimiento internacional*. Madrid: Escuela Diplomática, 1952 [luego recogido en *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*. Barcelona: Editorial Alpha, 1963].
- Pajares, Nicasio. "Atorrántida". *España* 234 (2 de octubre de 1919): 9-10.
- . *Atorrántida*. Madrid: Sociedad Española de Librería, 1929.
- . *Cómo pervirtieron a Palleiros*. Madrid: Ediciones Oriente, 1931 [CPP].
- . *El conquistador de los trópicos*. Madrid: Editorial, 1923. [3ª ed. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929. Otra ed. en la Revista Literaria *Novelas y Cuentos*, núm. 193. Madrid, 11 de sept. de 1932].
- . "Un cuento de la Pampa." *La esfera* 540 (Madrid 10 de mayo 1924): 29-30.
- . "El magno problema" *Fomento de la Instrucción Gallega. Órgano de la Sociedad "Pro Escuela en Bandeira"* 14 (15 dic. 1909): 2-3. En *Luces de Alén Mar. As Escolas de Americanos en Galicia No Centenario Fundacional das Sociedades Galegas de Instrucción Radicadas en América e das súas Realizacións Académicas nas Localidades de Procedencia*. Padrón: Xunta de Galicia / Consello da Cultura Galega /Arquivo de Emigración Galega, 2013. 68-69.
- . "El magno problema" *Fomento de la Instrucción Gallega. Órgano de la Sociedad "Pro Escuela en Bandeira"* 14 (15 dic. 1909): 2-3. En *Luces de Alén Mar...* 68-69.
- . *Novela (El conquistador de los trópicos. Cómo pervirtieron a Palleiros)*. Presentación de Juan Manuel de Prada. Madrid: BSCH Fundación, 2000 [CT].
- . "Los patriotas". En *España. Semanario de la vida nacional* 252 (Madrid 28 de febr. 1920): 16-17.
- . *El pensador en la selva (La indiada, la negrada y la gringada de las Repúblicas del Plata)*. Ideas, impertinencias, diatribas, extravagancias y fantasías del pensador celtíbero Don Francisco Fernández Sinsegundo, fallecido en América. Madrid, Buenos Aires: Librería Hispano-Argentina de Calixto P. Perlado, 1925 [2ª edición. Madrid: Páez, 1925].
- . *Don Quijote y Tío Sam (Novela pseudo-histórica y fantástica)*. Madrid Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930
- . *Teatro de la emigración. Honrado comercio (drama en tres actos). El triunfador Castiñeiras (comedia en un acto)*. Madrid: Imprenta de Manuel Tutor, 1922.
- Paz, Octavio. *México en la obra de Octavio Paz*. México: Fondo de Cultura Económica, México. 1987.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Pike, Frederick B. *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Nôtre Dame-London: University of Nôtre Dame Press, 1971.

- Pontevedra, Silvia R. "Reseña a Nicasio Pajares" (*El País* 14 de enero de 2010).
- Poza Diéguez, Mónica. *La bisagra discursiva de la memoria: Ortodoxias y Heterodoxias de la Imago en el teatro religioso del siglo de Oro*. Tesis doctoral de la Universidad de California, Davis, 2012. Ann Arbor: ProQuest LLC, 2012.
- . "Estrategias ideológicas del nacional-catolicismo en Raza: compensación utópica y reificación barroca". *Letras Hispánicas* 5.1 (2008).
- Prada, Juan Manuel de. "Nicasio Pajares, contra la indiada, la negrada y la gringada". En Nicasio Pajares 2000. 13-43.
- Rahola, Federico. *Sangre nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sur*. Barcelona: La Academia, 1905. 214-215.
- . *Aspectos económicos de la Gran Guerra*. Barcelona: Editorial Minerva, 1917.
- Reyes, Alfonso. "España y América". En *España. Semanario de la vida nacional* 252 (Madrid 28 febr. 1920): 9.
- . "En torno al imperialismo de la lengua española". *Simpatías y diferencias*. En *Obras completas IV* México: Fondo de Cultura Económica, 1995. 58-64.
- Rivera García, Antonio. "La Lliga o el ensayo imperial del nacionalismo catalán". *Pasado y Memoria. Revista de Memoria Contemporánea* 4 (2005): 201-217.
- Rojas, Ricardo. *Eurindia (ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas)*. En *Obras completas de Ricardo Rojas*. Vol. V. Buenos Aires: Librería La Facultad, 1924.
- Rojas Mix, Miguel. "La generación del 98 y la idea de América". En Leopoldo Zea y Mario Magallón comp. *1898 ¿desastre o reconciliación?* México: F.C.E. 2000, 37-50
- Rovira, José Carlos. *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992.
- Rosenblat, Ángel. "Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua". *Estudios dedicados a la Argentina*. Vol. IV. Caracas: Monte Ávila, 1991. 83-125.
- Royano, Lourdes ed. *Fuera del olvido: los escritores hispanoamericanos frente a 1898*. Santander: Universidad de Cantabria, 2000.
- Ruiz, Diego. *Los piemonteses en España: carta abierta al ciudadano Lerroux*, Barcelona: Imprenta J. Horta, 1907.
- Rusiñol i Prats, Santiago. *Obras completas*. Barcelona: Biblioteca Perenne, 1947. 641-729.
- Salaverría, José María. "Don Juan, en la escena del mundo". *ABC* 11054 (Sevilla, 4 nov. 1938): 3.
- . "El castellano en América". *Revista de las Españas* 50-52 (oct-dic. 1930): 503-505.
- Sampelayo, Carlos. "Casos tristes y casos pintorescos". *Heraldo de Madrid* 12877 (9 de mayo de 1927): 9.
- Sánchez Barbudo, Antonio. *Una pregunta sobre España*. México: Editorial Centauro, 1945.
- Sánchez Samblás, María Victoria. *Hispanidades trasatlánticas o la reconquista espiritual de América: Vicente Blasco Ibáñez y el nacionalismo argentino en torno al centenario*. Tesis doctoral, Vanderbilt University. Nashville, Tennessee, 2009.
- Segovia e Izquierdo Antonio María. Cervantes: *Nueva utopía: Monumento nacional de eterna gloria, imaginado en honra del príncipe de los ingenios*. Madrid: Imprenta de M. Galiano, 1861.
- Sepúlveda, Isidro. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid. Marcial Pons, 2005.
- Sorrentino, Fernando. *El forajido sentimental (Sobre Borges, Hernández y otras incursiones literarias)*. Madrid: Mañana es Arte. Biblioteca Babab, 2002.
- Tato Amat, Miguel y Emigidio Tato Amat. *Los sueños del Kaiser. Fantasía del momento*. Madrid: Tipografía Itálica 1915.

- Terán, Oscar. "El primer antiimperialismo latinoamericano". En *En Busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogo, 1986.
- Umbral, Francisco. "Nicasio Pajares". *El Mundo* (13 de julio de 2000).
- Unamuno Miguel de. *Americanidad*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Colección "La Expresión Americana"), 2002.
- . *En torno al casticismo*. Madrid: Espasa Calpe, 1991.
- . *Vida de Don Quijote y Sancho*: México-Argentina: Espasa, 1949.
- Ugarte, Manuel. *El destino de un continente*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1923.
- . *La nación latinoamericana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.
- . *La patria grande*. María Pía López ed. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.
- Uribe, Augusto. *Apuntes para la historia de la ciencia ficción española: El boom de la política ficción*. <http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/coleccion/3296>. [También en su página web [http://www.augustouribe.com/polfic\\_03.htm](http://www.augustouribe.com/polfic_03.htm)]
- Valero Juan, Eva María. "América en la mirada española del 98: Rafael Altamira entre hispanismo y americanismo". En Carmen Alemany Bay y Beatriz Aracil Varón eds. *América en el imaginario europeo: estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. 101-122.
- . *Rafael Altamira y la "reconquista espiritual" de América*. Alicante: Universidad de Alicante. Cuadernos de *América sin nombre*, 2003. BNM
- . *Tras las huellas del Quijote en la América Virreinal: estudio y edición de textos*. Roma: Bulzoni, 2010.
- Vallejo, Fernando. *El cuervo blanco*. Bogotá: Alfaguara, 2012.
- Valle, José del. "Lenguas imaginadas: Menéndez Pidal, la lingüística hispánica y la configuración del estándar". *Bulletin of Hispanic Studies* 76, 2 (1999): 215-235.
- . "Lingüística histórica e historia cultural: notas sobre la polémica entre Rufino José Cuervo y Juan Valera". En José del Valle y Luis Gabriel-Stheeman eds. *La batalla del idioma*. 93-107.
- , y Luis Gabriel-Stheeman. "Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica". En José del Valle y Luis Gabriel-Stheeman eds. *La batalla del idioma*. 15-33.
- , y Luis Gabriel-Stheeman eds. *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid: Iberoamericana: Vervuert, 2002.
- Varela, Lía. "Idea sobre el lenguaje y proyectos de país. Posiciones en el debate de 1837". En Arnoux y Bein 117-134.
- Varela Olea, María Ángeles. "¡Muera don Quijote!: Raíces del 98 en el antiqijotismo de Unamuno". *Anuario de estudios cervantinos* IX (2013): 259-272.
- . *Don Quijote, mitologema nacional*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Vasconcelos, José de. *Discursos 1920-1950*. México: Ediciones Botas, 1950.
- . *Discurso del 'Quijote'*. En *Discursos, 1920-1950*. Ediciones Botas, México, 1950.
- . "El nacionalismo en la América latina". *Amaula* (Lima) (4 dic. 1926): 13-16 y (5 ener. 1927): 22-24.
- Villacañas Berlanga, "Hispanidad: Maeztu y Morente". *The Colorado Review of Hispanic Studies* 5 (fall 2007). 121-143.
- Zea, Leopoldo y Mario Magallón comp. *1898 ¿desastre o reconciliación?* México: F.C.E., 2000